

AMADO NERVO

Cuentos misteriosos

La misa de seis.....	3
El país en que la lluvia era luminosa	6
El león que tenía dignidad.....	8
El obstáculo	10
Los esquifes	11
El castillo de lo inconsciente	12
La gota de agua que no quería perder su «individualidad».....	14
La serpiente que se muerde la cola	15
El balcón interior	17
La mano y la luz	18
El ángel caído.....	19
La última guerra	23
Una historia vulgar	29
Una esperanza.....	32
Las nubes	35
El diablo desinteresado	37
La novia de Corinto.....	55
El héroe.....	57
El horóscopo.....	59
Mi bastón.....	61
«Chez-Nous»	63
En busca de Tolstoi.....	65
Estilo telegráfico.....	67
Bohemios.....	68
Hacer un artículo	70

La misa de seis

I

Abrióse sin ruido la vidriera y Juanito, que, medio oculto en el marco de un zaguán de la acera opuesta, impacientábase a fuerza de esperar, sintió que el corazón le daba un vuelco: dejó su escondite y fue a colocarse rápidamente al pie del balcón.

Del fondo oscuro de éste se destacó entonces una figura esbelta, de contornos puros, reclinóse sobre el calado barandal y con voz que parecía un susurro dijo al galán, que se había vuelto todo ojos y oídos:

—No puedo hablarte; María se halla en la sala y es fácil que nos oiga; está muy misteriosa hoy, no me pierde de vista; mañana nos veremos en Catedral, en la misa de seis.

Dichas estas palabras, la figura de contornos puros se desvaneció en la sombra y la vidriera se cerró levemente.

Juanito, frotándose las manos de gusto, se alejó de la calle a tiempo que los focos eléctricos, tras un rápido guiño, inundaban de luz pálida las aceras y los relojes públicos daban las seis.

No había doblado aún la esquina cuando entró a la calle, por opuesto rumbo, otro joven que fue a detenerse en el mismo sitio que había servido de refugio al anterior.

La cortinilla del balcón de enfrente se descorrió de nuevo y un par de ojos muy negros atisbaron por un momento el exterior.

A poco las vidrieras volvieron a abrirse, surgió otra vez de la sombra una figura de mujer, e inclinándose graciosamente sobre el barandal, al pie del cual estaba el oso mencionado, dijo a éste, *sotto voce*:

—No puedo resolverle hoy nada; Ana está en la pieza inmediata y pudiera oírnos; vaya mañana a misa de seis a Catedral...

II

Dieron las nueve en el reloj de bronce que pendía de uno de los muros de la elegante salita donde Ana y María, pasada la cena, conversaban fríamente, en tanto que doña Luisa, madre de las niñas, leía un voluminoso tomo de novelas cerca de un elegante velador de metal dorado con cubierta de mármol.

Aún no se extinguían las vibraciones de la última campanada del reloj, cuando Ana se puso de pie y entre bostezo y bostezo dijo a su hermana:

—Tengo sueño y voy a recogerme, no sea que mañana no pueda levantarme temprano para ir a misa.

—Pues ¿qué misa piensas oír? —replicó María con voz temblorosa.

—La de seis en Catedral.

María se puso pálida y murmuró apenas:

—Me despiertas para ir contigo.

—No; no alcanzo a hacerlo; tú irás, como de costumbre, a la de once.

—Pero si yo quiero ir a la de seis —repuso María haciendo pucheros.

—Hace mucho frío...

—No importa...

Ana se puso seria:

—¡Miren la madrugadora! —exclamó con voz irritada—. Se levanta diariamente a las ocho y ahora le ha venido el capricho de mañanear.

—Es que después no me ajusta el tiempo para nada...

—Pues me alegro; lo que es yo no te hablo.

—Le diré a Juana que lo haga.

—¿Y qué empeño es ése...?

—Niñas, niñas —dijo por fin doña Luisa, dejando el libro sobre la mesa y pasándose el índice por los ojos—, ya basta de réplica; irán las dos a misa de seis.

Ana y María se retiraron a su alcoba, y una vez ahí, mientras desataban el pelo rizo que caía en opulentas ondas sobre los hombros y sustituían el traje de casa por el blanco ropaje de lino que velar debía sus formas puras durante el sueño, Ana dijo a su hermana:

—Qué insistencia en ir a la misa de seis, me parece sospechosa.

—Pero ¿qué tiene de particular?

—¡Ah, hipocritona! ¿Cuánto apostamos a que tienes novio?...

—Te juro que no...

—Si te lo creyera...

—Por esta cruz...

—Mira, yo, como hermana mayor, debo aconsejarte: una niña como tú no puede andar en esas cosas... Los hombres son muy malos; pórtate muy juiciosamente y no vayas a misa de seis.

María tomó a su vez la revancha:

—Y tú, ¿por qué tienes tanto empeño en ir sola?

—Siempre voy así...

—Es que hablas en el atrio con...

—¡Mentiras!

—Qué dirán los que te vean; una señorita como tú debe ser correcta en todo.

—Estás hoy muy tonta...

—Y tú...

—Que pases buenas noches.

—Buenas noches.

Momentos después, ambas, acurrucadas en la cama, fingían dormir; la luz, tamizada por el cristal cuajado de la lámpara, acariciaba apenas los cortinajes de los lechos, dejando hundido el resto del mobiliario en deliciosa penumbra, y el ángel del silencio, con el índice sobre los labios, cobijaba con sus alas aquel par de cabecitas blandas y soñadoras.

Una murmuraba en voz muy baja:

—Le hablaré a pesar de todo.

Y María pensaba en tanto:

“¿Por qué dirá mi hermana que los hombres son malos? Él parece tan bueno... Ea, dejemos el miedo... ¡Le hablaré mañana!”

III

Surgió el alba llena de sonrojos; invadió el espacio con tonos rosa y un rayito juguetón rió en los cristales y entró tímidamente a la alcoba.

Las campanas de los templos repicaban alegremente como diciendo a los devotos: “ven”, y los devotos acudían presurosos al llamado de la broncínea voz, murmurando: “voy”.

Despertó Ana, vistióse rápidamente, sin hacer ruido y con paso quedo salió de la alcoba y pidió el coche; ya estaba listo, y al subir hallóse instalada en él a su hermana.

No había remedio; la compañía era forzosa y Ana disimuló su impaciencia: ya procuraría escabullirse bonitamente en el momento oportuno.

María proponíase hacer lo mismo.

Cuando llegaron a Catedral empezaba la misa en el altar del Perdón.

Arrodilláronse las hermanas a regular distancia una de otra; abrieron sus devocionarios, y cuando Ana estuvo segura de que María no podía verla y María creyó otro tanto respecto de Ana, se levantaron ambas, y cada una por rumbo opuesto dirigióse a la puerta del costado derecho del gran templo.

En el atrio esperaban los osos, graves, serenos, inamovibles. ..

Y sucedió que al trasponer las dos hermanas los dinteles de la puerta volvieron el rostro por ver si alguien las observaba, y... se encontraron una enfrente de la otra.

Intensa palidez cubrió sus semblantes; luego una oleada de sangre los coloreó, y con voz casi ininteligible, murmuró María:

—Me sentí mala y salí en busca de aire.

Y Ana, en el mismo tono:

—Lo advertí, y temiendo que te pasara algo, salí a mi vez en tu seguimiento.

Y sin esperar a que concluyese la misa cruzaron las naves, salieron al atrio principal y tomaron el coche, diciendo al automedonte con displicente voz:

—¡A casa!

En el camino casi no hablaron; sólo al aproximarse a su morada entablaron el siguiente breve diálogo:

MARÍA.— No vuelvo a misa de seis.

ANA.— Ni yo...

MARÍA.— Hace mucho frío, y...

ANA.— Pues, y...

Y no volvieron, en efecto, a misa de seis.

El país en que la lluvia era luminosa

Después de lentas jornadas a caballo por espacio de medio mes y por caminos desconocidos y veredas sesgas, llegamos al país de la lluvia luminosa.

La capital de este país, ignorado ahora, aunque en un tiempo fue escenario de claros hechos, era una ciudad gótica, de callejas retorcidas, llenas de sorpresas románticas, de recodos de misterio, de ángulos de piedra tallada, en que los siglos acumularon su pátina señorial, de venerables matices de acero.

Estaba la ciudad situada a la orilla de un mar poco frecuentado; de un mar cuyas aguas se debe a bacterias que viven en la superficie de los mares, a animálculos microscópicos que poseen un gran poder fotogénico, semejante en sus propiedades al de los cocuyos, luciérnagas y gusanos de luz.

Estos microorganismos, en virtud de su pequeñez, cuando el agua se evapora, ascienden con ella, sin dificultad alguna. Más aún: como sus colonias innumerables son superficiales, la evaporación las arrebatada por miríadas, y después, cuando los vapores se condensan y viene la lluvia, en cada gota palpitan incontables animálculos, pródigos de luz, que producen el bello fenómeno a que se hace referencia.

A decir verdad, el mar a cuyas orillas se alzaba la ciudad término de mi viaje no siempre había sido fosforescente. El fenómeno se remontaba a dos o tres generaciones. Provenía, si ello puede decirse, de la aclimatación en sus aguas de colonias fotogénicas (más bien propias de los mares tropicales), en virtud de causas térmicas debidas a una desviación del *Gulf stream*, y a otras determinantes que los sabios, en su oportunidad, explicaron de sobra. Algunos ancianos del vecindario recordaban haber visto caer, en sus mocedades, la lluvia oscura y monótona de las ciudades del Norte, madre del esplín y de la melancolía.

*

Desde antes de llegar a la ciudad, al pardear la tarde de un asoleado y esplendoroso día de julio, gruesas nubes, muy bajas, navegaban en la atmósfera torva y electrizada.

El guía, al observarlas, me dijo:

-Su merced va a tener la fortuna de que llueva esta noche. Y será un aguacero formidable.

Yo me regocijé en mi ánimo, ante la perspectiva de aquel diluvio de luz...

Los caballos, al aspirar el hálito de la tormenta, apresuraron el paso monorrítmico.

Cuando aún no trasponíamos las puertas de la ciudad, el aguacero se desencadenó,

Y el espectáculo que vieron nuestros ojos fue tal, que refrenamos los corceles, y a riesgo de empaparnos como una esponja, nos detuvimos a contemplarlo.

Parecía como si el caserío hubiese sido envuelto de pronto en la terrible y luminosa nube del Sinaí...

Todo en contorno era luz; luz azulada que se desflecaba en las nubes en abalorios maravillosos; luz que chorreaba de los techos y era vomitada por las gárgolas, como pálido oro fundido; luz que, azotada por el viento, se estrellaba en enjambres de chispas contra los muros; luz que con ruido ensordecedor se despeñaba por las calles desiguales, formando arroyos de un zafiro o de un nácar trémulo y cambiante.

Parecía como si la luna llena se hubiese licuado y cayese a borbotones sobre la ciudad...

Pronto cesó el aguacero y traspusimos las puertas. La atmósfera iba serenándose.

A los chorros centellantes había sustituido una llovizna diamantina de un efecto prodigioso.

A poco cesó también ésta y aparecieron las estrellas, y entonces el espectáculo fue más sorprendente aún: estrellas arriba, estrellas abajo, estrellas por todas partes.

De las mil gárgolas de la Catedral caían todavía tenues hilos lechosos. En los encajes seculares de las torres brillaban prendidas millares de gotas temblonas, como si los gnomos hubiesen enjoyado la selva de piedra. En los plintos, en los capiteles, en las estatuas posadas sobre las columnas; en las cornisas, en el calada de las ojivas, en toas las salientes de los edificios, anidaban glóbulos de luz mate. Los monstruos medievales, acurrucados en actitudes grotescas, parecían llorar lágrimas estelares.

Y por las calles inclinadas y retorcidas, como un dragón de ópalo fundido, la linfa brillante huía desenfrenada, saltando aquí en cascadas de llamas lívidas, bifurcándose allá, formando acullá remansos aperlados en que se copiaban las eminentes siluetas de los edificios, como en espejos de metal antiguo...

Los habitantes de la ciudad (las mujeres, sobre todo), que empezaban a transitar por las aceras de viejas baldosas ahora brillantes, llevaban los cabellos enjoyados por la lluvia cintiladora.

Y un fulgor misterioso, una claridad suave y enigmática se desparramaba por todas partes.

Parecía como si millares de luciérnagas caídas del cielo batiesen sus alas impalpables.

Absorto por el espectáculo nunca soñado, llegué sin darme cuenta, y precedido siempre de mi guía, al albergue principal de la ciudad.

En la gran puerta, un hostelero obeso y cordial me miraba sonriendo y avanzó complaciente para ayudarme a descender de mi cabalgadura, a tiempo que una doncella rubia y luminosa como todo lo que la rodeaba, me decía desde el ferrado balcón que coronaba la fachada:

-Bien venida sea su merced a la ciudad de la lluvia luminosa.

Y su voz era más armoniosa que el oro cuando choca con el cristal.

El león que tenía dignidad

Los autores primitivos» guiados por apariencias engañosas, por analogías vagas, atribuyeron a los animales cualidades y defectos que, están muy lejos de tener. La melena del león, su aspecto majestuoso, les sugirió la idea de ofrecerle el cetro y la corona de los irracionales, y lo hicieron rey, sin que él se diese cuenta de tamaña dignidad ni pareciese importarle un ardite; y lo literaturizaron, y lo esculpieron en mármoles, y lo fundieron en bronce, y lo grabaron en los sellos reales, y estamparon su silueta en escudos, en banderas, en estandartes, y lo troquelaron con las monedas, a lo cual se debe, por cierto, en España, que los cuartos se llamen “perros gordos” y “perros chicos”, por una de esas ironías que suelen perpetuarse,

Pero vinieron los naturalistas modernos y rectificaron desdeñosamente la mayor parte de los conceptos legendarios que a *las bestias* se refieren, El león, tan exaltado antes, fue deprimido con pasión; ni era valiente, tu era san fuerte como se creyó, ni merecía en modo alguno el cetro.

Se le negó, pues, la majestad real, que casi por derecho divino creíase otorgada, y quién estimó que debía conferírsele al toro (que jamás mostró miedo a nada ni a nadie, que lo mismo embiste a un hombre, a un paquidermo o a una locomotora), quién pretendió que merecía la realeza el elefante, que, tras de ser el más fuerte de todos los animales, era el más inteligente y el más noble.

La verdad, en esto como en todas las cosas, a semejanza de la virtud, no estaba en los extremos, sino en el medio: *in medio stat peritas*. El león no era, ciertamente, el más fuerte de los animales; pero poseía algo merecedor de la realeza con que lo habían obsequiado los antiguos, algo que muchos hombres, muchísimos, suelen no tener: la dignidad.

De ello ha dado pruebas en ocasiones muy diversas, y últimamente yo he sabido un hecho que ha aumentado notablemente mi estimación por el viejo rey, moviéndome, en mi humilde fuero, a acatarlo de nuevo como a monarca,

Es el caso que, hará apenas seis meses, un grande de España, cazador *par devant l'éternel* de los más perseverantes y resueltos, hizo un viaje al Atlas, con el animo decidido de matar algunos pobres leones, que después, disecados, con las enormes fauces abiertas, serían ornato de su museo cinegético.

Una tarde, estando él, con algunos otros cazadores, en acecho frente a una colina boscosa en la falda (donde había guaridas de leones) y pelada en la cima, de pronto un espléndido ejemplar salió de su refugio y ascendió hacia la pequeña eminencia. Apenas la fiera había dado algunos pasos fuera de los árboles y matorrales, cuando descubrió a los cazadores. Su olfato y su mirada avizora se los mostraron en seguida.

Un sol africano, naturalmente, iluminaba la escena.

El león pudo y “debió”, en cuatro saltos elásticos, vigorosos, ponerse a salvo de los magníficos fusiles de precisión, cuyos efectos conocía, merced a la terrible experiencia acumulada por el genio de la especie... Los cazadores esperaban esto, y apuntaban ya, teniendo en cuenta la movilidad de la bestia...

Pero entonces, con pasmo de todos, aconteció algo extraordinario: el león, “que sabía que era visto” por tantos ojos de hombres, ituvo vergüenza de huir! Un sentimiento estupendo de dignidad se sobrepuso en él al pánico de la bala explosiva y certera, que no

perdona, y pausada, majestuosamente, ascendió la colina, volviendo a cada paso la cabeza para mirar a sus enemigos...

No quería, no, que lo viesen: correr... Aquellos instantes supremos ponían en su corazón, sin duda un temblor formidable: la muerte, a cada instante, lo amaga..., mas él seguía ascendiendo lenta, muy lentamente.

Cuando llegó a la cúspide, empezó a descender, con la misma lentitud, hasta que juzgó que "ya no lo veían", y entonces, encomendó todo el resorte de sus músculos poderosos, dio un salto, dos saltos... y se perdió en los declives de la parte opuesta de la loma. ¡Quizá con un sentimiento inmenso de liberación!

La dignidad estaba a salvo; y podía, escapar.

Los cazadores, conmovido ante aquella actitud tan clara, tan bella, tan poco humana, no habían disparado. ¡El león obtuvo gracia de la vida, merced a la sugestión de su maravillosa dignidad!

El obstáculo

Por el sendero misterioso, recamado en sus bordes de exquisitas plantas en flor y alumbrado blandamente por los fulgores de la tarde, iba ella, vestida de verde pálido, verde caña, con suaves reflejos de plata, que sentaba incomparablemente a su delicada y extraña belleza rubia. Volvió los ojos, me miró larga y hondamente y me hizo con la diestra signo de que la siguiera.

Eché a andar con paso anhelado; pero de entre los árboles de un soto espeso surgió un hombre joven, de facciones duras, de ojos acerados, de labios imperiosos.

—No pasarás —me dijo, y puesto en medio del sendero abrió los brazos en cruz.

—Sí pasaré —respondíle resueltamente y avancé; pero al llegar a él vi que permanecía inmóvil y torvo.

—¡Abre camino! —exclamé.

—No respondió.

Entonces, impaciente, le empujé con fuerza. No se movió.

Lleno de cólera al pensar que la Amada se alejaba, agachando la cabeza embestí a aquel hombre con vigor acrecido por la desesperación; mas él se puso en guardia y, con un golpe certero, me echó a rodar a tres metros de distancia.

Me levanté maltrecho y con más furia aún volví al ataque dos, tres, cuatro veces; pero el hombre aquel, cuya apariencia no era de Hércules, pero cuya fuerza sí era brutal, arrojóme siempre por tierra, hasta que al fin, molido, deshecho, no pude levantarme...

¡Ella, en tanto, se perdía para siempre!

Aquella mirada reanimó mi esfuerzo e intenté aún agredir a aquel hombre obstinado e impasible, de ojos de acero; pero él me miró a su vez de tal suerte, que me sentí desarmado e impotente.

Entonces una voz interior me dijo:

—¡Todo es inútil; nunca podrás vencerle!

Y comprendí que aquel hombre era mío.

Los esquifes

—Mira —me dijo el Espíritu cuando hubimos trepado a la áspera roca desde la cual se dominaba el maravilloso paisaje—: ¿ves ese mar tan manso, sin un río, sin una onda, que lantejuelea dulcemente al fulgor de la luna? Es el verdadero Océano Pacífico, es el Océano de la quietud interior, de esa quietud interior que ha tiempo vas buscando inútilmente por la tierra; de ese bien de tal manera inestimable, que el divino Galileo a cada instante lo regalaba en el Evangelio: “Recibid mi paz”; “la paz sea con vosotros”; “os doy mi paz”; “mi paz os dejo”...

¿Ves esos como esquifes, tan tenues que parecen hechos de ilusión? ¿Adviertes en ellos seres reposados, que se deslizan como aladamente por la superficie sin límites, a favor de las minúsculas velas candidas, semejantes a plumas de garza, que empuja insensiblemente un soplo misterioso? Pues son espíritus, son los espíritus que están en paz en este mundo.

A la luz de la luna, de esta intensa luna, verás los rostros que animan, y en ellos una misteriosa expresión de beatitud.

¡Con qué gracia resbalan esos barquichuelos ingrátidos sobre la seda moaré del Océano!
¡Qué manso y

—¿Y cómo hacer, ¡oh Espíritu!, para tener una de esas barcas de ensueño, para deslizarse con ella por el mar quieto, para estar en paz, ¡oh noble Espíritu custodio!, *para estar en paz?*

—Escucha bien: esos esquifes son de tal manera frágiles, que sólo soportan almas desnudas de todo apego... ¡Ay de aquella alma que ose embarcar en ellos con el menor deseo, con la menor codicia, con el menor propósito de goce! El barquichuelo se hundirá en seguida, y en el fondo del Océano el alma se encontrará remolinos espantosos, que la atraerán como ventosas de monstruo y de los cuales muy difícilmente logrará escapar.

Bajo la apacibilidad de ese mar cuya palpitación blandísima apenas se advierte, como el resuello de una novia dormida, está el *maelstrom* de las ansias nunca saciadas, de los placeres tormentosos que jamás satisfacen, de los anhelos turbulentos que nos comen el alma...

Pero el que al embarcarse no lleva consigo ningún apego, aquel cuyo deseo se ha extinguido, es “como el loto que en el agua se copia, mas cuya corola no toca el agua...” Para ése no hay temor ninguno de zozobrar. Puede adormecerse amorosamente con el vaivén blando del esquife; puede soñar, puede cantar. Su alma es un ritmo más en el ritmo deleitoso del Océano. Para él sólo hay bien. El Universo es como un gran regazo, la brisa impalpable como una gran lira, el cielo estrellado como un gran jardín. Su yo es como un lirio suave impregnado de perfumes celestes. El celaje y el rayo de luna le llaman “hermano”. El Misterio le llama “hijo”. La Noche le dice “elegido”... ¡Oh! ¡Cuan rico es el que ya no tiene nada! ;Oh! ¡Cuántas cosas mira el que ha sabido cenar

—¿Quieres embarcarte? —me preguntó el Espíritu—. Mira aquel esquife que, besado por la luna, parece de nácar. ¡Es para ti! Lo he reservado para ti... ¿Quieres embarcarte?

¡Oh amada mía! Para navegar por ese divino Océano de la paz era preciso dejarte a ti — a ti, amada mía— en la ribera; y moviendo melancólicamente la cabeza, conteste al ángel:

—¡No puedo, de veras que no puedo!

El castillo de lo inconsciente

El castillo de lo inconsciente yérguese sobre una roca enorme, aguda y hosca, rodeada de abismos. Entre la roca, y la montaña vecina, derrúmbase el agua torrencial, que luego se arrastra, allá en el fondo lóbrego...

Su estruendo se oye de lejos, sordo y hasta apacible, y sus espumas, fosforescentes desde la altura, se adivinan en las tinieblas.

Por dondequiera, como guardia de honor de la toca, levántanse agujas ásperas, dientes pétreos, y se erizan matorrales de espinos,

Pero en las noches de luna, con que arcano prestigio radian, en lo alto, los vitrales del castillo divino en que mora la paz...

Sólo pueden escalar tu morada eminente los que han sagrado en todos los colmillos rocosos, los que se han herido en todos los espinos...

Yo era de éstos. Yo merecía habitar es la mansión del sosiego, y una noche apacible, guiado por el celeste faro lunar, emprendí la ascensión al castillo.

Sobre una robusta rama inclinada, atravesé el torrente. Varias veces el vértigo estuvo a punto de vencerme. La corriente rabiosa hubiera destrejado mis miembros; la colérica espuma me habría cubierto con su rizada, y trémula blancura...

Pero yo miraba a lo alto, al castillo, que mansamente se iluminaba en el picacho gigantesco y una gran esperanza descendía hasta mi corazón y me daba aliento.

Salvado el abismo, hube de escalar la roca.

¡Ay! ¡Cuántas veces en sus asperezas me herí las rodillas y las manos. ¡Cuántas otras me vi en peligro de caer al torrente que, como dragón retorcido y furioso, parecía acecharme!.. Sus espumas llegaban, hasta mí, humedeciendo mis destrozadas ropas.

Pero mi anhelo de llegar al castillo era demasiado intenso para no triunfar; y, muy avanzada ya la noche, franqueaba yo por fin los últimos obstáculos y me encontraba en la breve explanada que precedía a la gótica mole.

Una mansa lluvia de lana caía sobre aquel espacio abierto. La imponente masa, a su imprecisa luz, era con sus torreones, sus almenas, sus ojivas, sus terrazas, sus techos agudos, más bella que todos los ensueños.

¡Con qué temblor llamé a la puerta! ¡Cómo resonó en el silencio el aldabón!

Esperé... no sé cuántos minutos...

Oía mi corazón golpearme el pecho como un sordo martillo.

De muy lejos venía a mis oídos el rumor confuso del torrente.

Allá, en la hondura, adivinábase un océano informe de sombras y de luces, y el hervidero de plata de las aguas...

Por fin la puerta se abrió dulcemente y una figura pálida, envuelta en un manto blanco, apareció en el umbral.

—La paz sea contigo —me dijo—. ¿Qué buscáis aquí, extranjero?

—Ese don santo que acabas de desearme —le respondí—; la Paz.

—¿De dónde vienes?

—De lo más hondo de aquellos abismos —y le señalé con un amplió gesto la perspectiva lejana—. He sangrado en todos los espinos... Me he desgarrado en todas las rocas... Conozco el filo de todos los guijarros.

—¿Sabes lo que encontrarás aquí?

—El paraíso del no pensar...

—¿No te asusta la inconsciencia?

—La ansío. Allá abajo, las breves horas de sueño eran mi bien único...

—Tus más bellas ideas, tus más luminosas imágenes se extinguirán para siempre. Nunca más sonará en tu oído la deleitosa melodía de las rimas; nunca más el choque de los conceptos vibrará en tu cerebro. Tu memoria no descenderá ya sus telones de lo amable o trágico... Será como si te hubieses bañado en el Leteo, como si gustases la flor del olvido en la isla de los Lotófagos...

—Eso quiero.

—Los seres que amaste no vivirán ya en tu recuerdo su vida vagarosa de fantasmas...

—Los enterraré para siempre.

—Ni siquiera, te acordarás de tu nombre; tu personalidad naufragará eternamente en este océano de la total amnesia.

—Pero seré feliz.

—Lo serás, pero sin saber que lo eres, sin darte cuenta de tu suprema ventura.. Esta es la divina ciudad del Nirvana de que habla el Buda. Este es el albergue del silencio interior; éste es el sosegado sueño del yo. Aquí toda individualidad se diluye como la gota de agua en el mar... Aquí el maya tenaz desaparece: aquí todo es idéntico con el Todo; la relación de tu ser con el Universo acaba... El ser y el no ser son una misma cosa... Aún es tiempo; vuelve a pasar la explanada y desciende hacia el dolor, que hiere y maltrata, pero individualiza... Baja hacia el torrente; arrástrate de nuevo entre las rocas. Duro es el arrastrarse, pero quien se hace mal eres tú; mientras que aquí el bien nos satura, pero tú ya no existes. En el Bien están, más el Bien no está en ti.

...¡Vacilé! ¡Oh mísero apego al yo, cadena que nos liga con tantos eslabones al mundo de la ilusión; fuiste más fuerte que el anhelo de paz!

...El hombre blanco notó mi vacilación, inclinó melancólicamente la cabeza; fue cerrando con suavidad la puerta..., la puerta que da acceso al divino ignorar..., y me dejó allí, solo con la luna...

Torné a bajar hacia el torrente.

Más duro era el descender que había sido el subir, Los filos de las rocas herían con mayor encono.

La luna descendía ya como un dios triste, aureolado de plata, hacia su ocaso.

Allá en lo alto, cada vez más en lo alto, los vitrales del castillo brillaban misteriosamente...

Con la herida y ensangrentada diestra, envié un supremo beso de amor y de dolor a la morada excelsa, al paraíso perdido...

Y heme de nuevo en la otra orilla del torrente. Heme de nuevo entre los espinos. Héroe de nuevo en el Hosco Valle del Pensamiento y del Dolor.

La gota de agua que no quería perder su «individualidad»

Por la noche, en el verano, a partir de las doce pueden regarse los tiestos.

Se supone que a las doce —y se supone mal— nadie pasará ya bajo los balcones enmacetados de Madrid; pero si pasa, y es abrupto en riego helado cae sobre su cabeza, ni tiene derecho a quejarse, ni vale la pena, porque el agua, aun así, es bienvenida en pleno agosto.

Las flores, “por su parte”, es increíble lo que gozan con ese riego nocturno, cuya frescura se perpetúa, sobre todo en los balcones de Luis, que miran al Poniente, hasta bien entrada la mañana.

El otro día, a las doce, sobre el pétalo aterciopelado de una rosa, como sobre la tela de un estuche, radiaba aún una gruesa gota de agua. Había pasado allí buena parte de la noche, fresca por excepción, dejándose penetrar por la luna.

Un viento suave la balanceaba en su hamaca olorosa de seda.

Pero avanzaba la mañana. El dios trasponía ya el meridiano, y una saeta de oro del arquero divino hirió en pleno corazón a la gota, tocándola en chispa maravillosa.

Luis, que de antaño comprende el lenguaje del agua, como el sultán Mahmoud comprendía a los pájaros, oyó quejarse a la gota, la cual decía entre suaves quejumbres:

—Tengo miedo, ¡ay!, tengo miedo. Siento que empiezo a evaporarme... ¡Oh sol, no me beses, por Dios! Tus besos hacen un espantoso daño. Me penetran toda, me abrasan, me disgregan... Yo no quiero deshacerme, no quiero volatilizarme... ¡No quiero perder mi individualidad!... ¿Entiendes, oh sol? No quiero perder mi individualidad.

«Yo reflejo e mi modo la naturaleza. Soy un pequeño ojo cristalino, muy abierto, que la ve, que la admira desde este nido de terciopelo, desde esta cuna suave y bienoliente. Llevo ya muchas horas divinas de vida armoniosa. Durante buena parte de la noche he reflejado la luna. He sido, ya una perla, un zafiro místico, ya una turquesa celeste. Después, la bóveda se ha pintado de un amarillo suave, y yo me he vuelto topacio. A poco el cielo se tiñó de rosa, y he sido rubí. Ahora soy diamante. Y cuando las hojas del rosal se miran en mi espejo para contemplar su traje nuevo, recién cortado en punta, me convierto en esmeralda.

»No me beses, ¡oh sol! No sabes besar: haces mucho daño. No eres como la luna. Ella sí que sabía besar blandamente: al fin, mujer. Tú te pareces a un hombre sanguíneo, tosco y premioso.

»¡Ay!, siento que me deshago, que me desvanezco, que me pierdo...

»Sí, comprendo que eso de la transparencia absoluta es una cosa muy buena; que ser parte de la atmósfera húmeda es cosa muy conveniente; que flotar, volar, es cosa muy apetecible. Comprendo también que un poco de frío puede condensar mi humedad, y entonces ser yo parte mínima de una nube de esas que he visto pasar por la mañana y que parecen cuentos y milagros... Todo eso, sin duda, es bueno. Pero yo dejaría de ser gota, de ser gotita diáfana y temblorosa que soy: esta gotita acurrucada en el pétalo de una rosa, ¡y no quiero perder mi individualidad!

»¡Ay! ¡Ay!, que daño me haces..., ¡oh sol! Ya no me beses, ya no me be...ses. Yo soy u...na gotita... de agua..., una lu...mi...no...sa go...tita de agua... sobre un rosa..., sobre una ro...»

Estas fueron las últimas palabras de la gotita trémula que brillaba sobre el pétalo de una rosa en el balcón de Luis.

El sol, brutal y sordo como la muerte, había hecho su obra.

La serpiente que se muerde la cola

—Me pasa frecuentemente, doctor —dijo el enfermo—que al ejecutar un acto cualquiera paréceme como que ya lo he ejecutado.

No sé si usted experimenta alguna vez esta sensación tan rara y penosa. Hay amigos que me afirman, quizá por consolarme, que a ellos les sucede otro tanto, de vez en cuando. Pero en mí, el caso es frecuentísimo. Hablo, y apenas he pronunciado una frase, recuerdo, con vivacidad punzante, que ya la he pronunciado otra vez. Veo un objeto, e instantáneamente me doy cuenta de que ya lo he mirado de la misma suerte, con la misma luz, en el mismo sitio... Le aseguro, doctor, que esto se vuelve insoportable. Acabaré en un manicomio...

—Ahora mismo —prosiguió—siento, recuerdo, estoy seguro de que ya, en otra u otras ocasiones, he descrito mi enfermedad a usted; sí, a usted, en iguales términos, en la misma habitación esta... Usted sonreía, corno sonrío ahora. ¡Es horrible! Hasta el chaleco de piqué labrado que lleva usted lo llevaba entonces. Todo igual.

La teoría de las reencarnaciones pudiera dar una sombra de explicación al caso; pero sólo una sombra; porque si he vivido ya otras vidas, han sido diferentes... en distintas épocas, con distintos cuerpos. ¿Por qué entonces veo las mismas cosas?

El doctor se acarició la barba (que usaba en forma de abanico). Esto de acariciarse la barba es un lugar común que viene muy bien en las narraciones... Se acarició la barba y empezó así:

—El caso de usted, amigo mío, es demasiado frecuente, aunque en esta vez acuse una intensidad poco común, y tiene dos explicaciones: una fisiológica y otra filosófica. Según la primera, su sensorio de usted, instantánea, mecánicamente, registra los fenómenos exteriores, que le transmiten las neuronas. Lo que usted ve u oye, queda fijado en su cerebro con rapidez extraordinaria, gracias a una sensibilidad especial; pero queda registrado, sin que usted se dé cuenta de ello. Ahora bien; después de este registro (una fracción de segundo después), usted se entera de que ve un objeto, de que oye una frase, ya vistos y oídos a hurtadillas de su conciencia. Entonces, naturalmente, la memoria de usted se acuerda de la impresión anterior (aunque sea en esa fracción de segundo) a la otra, y este recuerdo le proporciona a usted la sensación de duplicidad de que me habla.

—Por tanto —concluyó el doctor—no debe alarmarse. El fenómeno, en suma, sólo prueba la excelente conductibilidad de sus células nerviosas, la diligencia con que se opera la transmisión de sensaciones entre los sentidos y el cerebro, y significa que tiene usted una naturaleza privilegiada, que responde admirablemente a toda solicitud exterior.

El enfermo, visiblemente tranquilo, dejó oír un suspiro de satisfacción.

—¿Y la segunda explicación, doctor? —preguntó.

—La segunda explicación es un poco más honda... Nos la da todo un sistema filosófico, cuyos patrocinadores han sido hombres de la talla de un Federico Nietzsche, un Gustavo el Bon y un Blanqui.

Puede sintetizarse así: «Dado que el tiempo es infinito, y que el número de átomos de que se compone la materia es limitado, se deduce que los mismos sistemas de combinaciones deben fatalmente reproducirse»; es decir, que el sistema de combinaciones que, al cabo de más o menos milenarios, le permitió a usted nacer y vivir, tiene que volverse a dar *a fortiori*, al cabo de un número w de siglos, de milenarios, de períodos, de ciclos, de lo que usted guste, ya que, matemáticamente, esas combinaciones, por numerosas que usted las suponga, no son infinitas. ¿Me entiende usted?

—Sí, doctor, perfectamente; pero eso que usted dice es estupendo.

—Estupendo y lógico, amigo mío.

El gran Flammarion, en una de sus más sugestivas páginas, supone que, dada la infinidad de mundos, puede formarse en la infinidad del espacio un planeta idéntico al nuestro, donde acontezcan idénticas cosas; que pase por idénticos períodos geológicos, para reproducir la historia de los hombres, sin una tilde de menos. En ese planeta vuelven a guillotinar a Luis XVI, el 21 de enero de 1793.

...Pero no es necesario ampliar la hipótesis. La teoría ortodoxamente científica, absolutamente matemática de lo limitado de las combinaciones atómicas, nos lleva, aun sin salir de este mundo que habitamos, a la inevitable conclusión de que el concurso de infinitamente pequeños que, dadas tales o cuales circunstancias produjo al hombre llamado Pedro o Juan, ha producido ese mismo hombre n veces en la sucesión de los tiempos... y lo producirá todavía...

Así, pues, usted como yo, como todos, ha vivido, quién sabe cuántas veces, la misma vida, y la ha de vivir aún, en el eterno recomenzar de los siglos, simbolizado por la serpiente que se muerde la cola...

—Pero —exclamó el doctor—basta por hoy de filosofías. Necesita usted alimentarse bien y a sus horas. Son ya las ocho. Vaya a tomarse los mismos huevos pasados por agua y la misma leche que se ha bebido usted en tantas otras existencias idénticas.

El balcón interior

El Alma está asomada a su balcón.

Pasa un filósofo y le dice: “Ven conmigo; vamos al Dolor. El Dolor está hecho para pulirnos. Después ha de venir el reposo. Luego el Dolor de otra vida. Cada vida pondrá una faceta más en el diamante interno... Y así ascenderás por la escala, por la escala infinita...”

El Alma le escucha en silencio. El filósofo pasa.

Un segundo filósofo se acerca. Es radioso y noble. Le dice: “Dios lucha con una necesidad eterna y ciega; de allí el mal. Pero en esta lucha el espíritu divino obtiene triunfos parciales; de allí el bien. Triunfará al fin totalmente, y el universo realizará entonces la perfección absoluta.

El Alma no responde. El filósofo pasa.

Viene otro: “Tú —murmura— eras bella, poderosa y feliz en el Reino de Dios. Pero caíste por orgullo. Ahora expías. Dios te perdonará cuando pase la sombra de este universo, amasado para tu penitencia...”

“Tú, más bien —rectifica otro filósofo— naciste ya castigada. ¿Por qué? Porque otros pecaron por ti, allá en un paraíso lejano, donde un hombre y una mujer quisieron *saber*, probando el fruto de la ciencia prohibida. Te redimirá, no obstante, la sangre de un justo que murió hace dos mil años. Después irás a un paraíso donde angélicas liras adormecerán tu eterno éxtasis.”

El Alma calla; sonrío. El filósofo se va pensativo.

Y pasa otro, y otro.

Este dice: “La vida es un experimento; es un medio de conocer, y es, asimismo, fuerza, poder... Sé fuerte; vence siempre; ésa es la moral...”

Estotro dice: “La vida no es más que una representación de la Voluntad. La Voluntad es lo único que existe *per se*. Tú no eres sino voluntad, vuelta visible.”

Dice aquél: “No preguntes nada a tu inteligencia, porque es posterior a la Vida. Pregúntalo todo a tu instinto:

Afirma el de más allá: “La vida es la acción, sólo la

Y viene, por último, atezado, cenceño, grave, un místico de Benarés, que cuchichea: “¡La vida es ilusión... “Maya” “Maya”! Tú eres integralmente Dios, como yo, como todos. La personalidad es una ilusión: “ ¡Maya” “Maya”!

El Alma, indolente, deja pasar a éste como a los ante-Sigue asomada a la ventana; cae la tarde; se ensombrece el paisaje. A lo lejos no se ve ya venir la blanca túnica de ningún filósofo... Él Alma cierra el balcón, y se vuelve tristemente al camarín con su porqué...

La mano y la luz

Si en todo el curso de este pequeño libro Luis se ha asomado al balcón, ya para ver la tierra» ya para ver el cielo» ha habido, sin embargo, ocasiones —muchas— en que desde abajo, desde la calle, ha alzado los ojos para ver sus balcones,

¿Sabéis por qué? Pues porque desde uno de ellos, el que está lleno de macetas, una mujer agitaba todos los días la mano —la más linda, la más blanca, la más afilada mano que queráis imaginar—, para hacer a Luis un signo de adiós, o, mejor dicho, de “¡hasta luego!”

Cuando el invierno desvestía los árboles (como ahora que Luis traza estas líneas), los hermosos árboles que bordan la calle, merced a la ausencia de la estival cortina de hojas, él podía ver desde más lejos el amistoso signo de aquella mano blanca.

El signo aquel seguía hasta doblar la esquina hasta la plataforma del tranvía.

Por la noche, Luís, al volver a casa, alzaba los ojos para ver otro balcón, del cual no se ha hablado sino incidentalmente en las primeras páginas de este libro; el tercero de la habitación que pertenece a un saloncito contiguo al despacho, a la izquierda de éste.

Generalmente ese balcón estaba iluminado. La luz alegre que enrojecía los cristales, decía a Luis: “Ella ha llegado ya... Lee o hace labor junto a la mesita de nogal con soportes de hierro y torneadas patas oblicuas... ¡Está esperándote!”

Y Luis subía las escaleras con paso más ágil, más animoso, a fin de llegar antes a la salita iluminada, donde poco después leería también, al lado de ella, un hermoso libro...

Pero un día, la mujer rubia que se asomaba al balcón a hacer a Luis un signo de despedida con la mano larga y blanca, aquella mujer que le esperaba leyendo cerca de la mesita de nogal, enfermó y tuvo que encamarse.

Veintiún días después, una tarde de enero, muy desapacible, se la llevaban a un lejano cementerio..., a un lejano cementerio que Luis adivina desde sus balcones, y que distinguiría muy bien de no estorbárselo los edificios que se alzan al Sur.

Desde entonces, ¿lo creeréis?, Luis miró, al llegar a casa y al salir, con más insistencia hacia el balcón.

Bien sabía él que aquella mano larga ya no podía hacerle signo ninguno. Bien sabía que (después de la noche en que el balcón de la izquierda estuvo más iluminado que de costumbre por la luz de unos cirios temblorosa) ya nunca más mostraría aquel fulgor rojizo, aquellos vivos rectángulos de la vidriera, en cuyo centro parecía que unas letras misteriosas y cordiales decían: “¡Aquí estoy y te espero!”

Bien sabía esto Luis; y, sin embargo, un ímpetu incontenible hacía alzar la cabeza, al salir de casa y al volver.

Pero pasaron los meses y los años, y Luis acabó por no levantar más los ojos, como si su sima niña, ingenua, enamorada del milagro, se hubiese convencido por fin de la inutilidad de su fantástica esperanza.

El ángel caído

*Cuento de Navidad dedicado a
mi sobrina María de los Ángeles*

Érase un ángel que, por retozar más de la cuenta sobre una nube crepuscular teñida de violetas, perdió pie y cayó lastimosamente a la tierra.

Su mala suerte quiso que, en vez de dar sobre el fresco césped, diese contra bronca piedra, de modo y manera que el cuitado se estropeó un ala, el ala derecha, por más señas.

Allí quedó despatarrado, sangrando, y aunque daba voces de socorro, como no es usual que en la tierra se comprenda el idioma de los ángeles, nadie acudía en su auxilio.

En esto acertó a pasar no lejos un niño que volvía de la escuela, y aquí empezó la buena suerte del caído, porque como los niños sí suelen comprender la lengua angélica (en el siglo XX mucho menos, pero en fin), el chico allegóse al mísero, y sorprendido primero y compadecido después, tendióle la mano y le ayudó a levantarse.

Los ángeles no pesan, y la leve fuerza del niño bastó y sobró para que aquél se pusiese en pie.

Su salvador ofrecióle el brazo y vióse entonces el más raro espectáculo: un niño conduciendo a un ángel por los senderos de este mundo.

Cojeaba el ángel lastimosamente, ¡es claro! Acontecía lo que acontece a los que nunca andan descalzos: el menor guijarro le pinchaba de un modo atroz. Su aspecto era lamentable. Con el ala rota, dolorosamente plegada, mancha do de sangre y lodo el plumaje resplandeciente, el ángel estaba para dar compasión.

Cada paso le arrancaba un grito; los maravillosos pies de nieve empezaban a sangrar también.

—No puedo más —dijo al niño.

Y éste, que tenía su miaja de sentido práctico, respondióle:

—A ti (porque desde un principio se tutearon), a ti lo que te falta es un par de zapatos. Vamos a casa, diré a mamá que te los compre.

—¿Y qué es eso de zapatos? —preguntó el ángel.

—Pues mira —contestó el niño mostrándole los suyos—: algo que yo rompo mucho y que me cuesta buenos regaños.

—¿Y yo he de ponerme eso tan feo?...

—Claro... ¡o no andas! Vamos a casa. Allí mamá te frotará con árnica y te dará calzado.

—Pero si ya no me es posible andar..., ¡cárgame!

—¿Podré contigo?

—¡Ya lo creo!

Y el niño alzó en vilo a su compañero, sentándolo en su hombro, como lo hubiera hecho un diminuto San Cristóbal.

—¡Gracias! —suspiró el herido—; qué bien estoy así... ¿Verdad que no peso?

—¡Es que yo tengo fuerzas! —respondió el niño con cierto orgullo y no queriendo confesar que su celeste fardo era más ligero que uno de plumas.

En esto se acercaban al lugar, y os aseguro que no era menos peregrino ahora que antes el espectáculo de un niño que llevaba en brazos a un ángel, al revés de lo que nos muestran las estampas.

Cuando llegaron a la casa, sólo unos cuantos chicuelos curiosos les seguían. Los hombres, muy ocupados en sus negocios, las mujeres que comadreaban en las plazuelas y al borde de las fuentes, no se habían percatado de que pasaban un niño y un ángel. Sólo un

poeta que divagaba por aquellos contornos, asombrado, clavó en ellos los ojos y sonriendo beatamente los siguió durante buen espacio de tiempo con la mirada... Después se alejó pensativo...

Grande fue la piedad de la madre del niño, cuando éste le mostró a su alirroto compañero.

—¡Pobrecillo! —exclamó la buena señora—; le dolerá mucho el ala, ¿eh?

El ángel, al sentir que le hurgaban la herida, dejó oír un lamento armonioso. Como nunca había conocido el dolor, era más sensible a él que los mortales, forjados para la pena.

Pronto la caritativa dama le vendó el ala, a decir verdad, con trabajo, porque era tan grande que no bastaban los trapos; y más aliviado y lejos ya de las piedras del camino, el ángel pudo ponerse en pie y enderezar su esbelta estatura.

Era maravilloso de belleza. Su piel translúcida parecía iluminada por suave luz interior y sus ojos, de un hondo azul de incomparable diafanidad, miraban de manera que cada mirada producía un éxtasis.

* * *

—Los zapatos, mamá, eso es lo que le hace falta. Mientras no tenga zapatos, ni María ni yo (María era su hermana) podremos jugar con él —dijo el niño.

Y esto era lo que le interesaba sobre todo: jugar con el ángel.

A María, que acababa de llegar también de la escuela, y que no se hartaba de contemplar al visitante, lo que le interesaba más eran las plumas; aquellas plumas gigantescas, nunca vistas, de ave del Paraíso, de quetzal heráldico..., de quimera, que cubrían las alas del ángel. Tanto, que no pudo contenerse, y acercándose al celeste herido, sinuosa y zalamera, cuchicheóle estas palabras:

—Di, ¿te dolería que te arrancase yo una pluma? La deseo para mi sombrero...

—Niña —exclamó la madre, indignada, aunque no comprendía del todo aquel lenguaje.

Pero el ángel, con la más bella de sus sonrisas, le respondió extendiendo el ala sana:

—¿Cuál te gusta?

—Esta tornasolada...

—¡Pues tómala!

Y se la arrancó resuelto, con movimiento lleno de gracia, extendiéndola a su nueva amiga, quien se puso a contemplarla embelesada.

No hubo manera de que ningún calzado le viniese al ángel. Tenía el pie muy chico, y alargado en una forma deliciosamente aristocrática, incapaz de adaptarse a las botas americanas (únicas que había en el pueblo), las cuales le hacían un daño tremendo, de suerte que claudicaba peor que descalzo.

La niña fue quien sugirió, al fin, la buena idea:

—Que le traigan —dijo— unas sandalias. Yo he visto a San Rafael con ellas, en las estampas en que lo pintan de viaje, con el joven Tobías, y no parecen molestarle en lo más mínimo.

El ángel dijo que, en efecto, algunos de sus compañeros las usaban para viajar por la tierra; pero que eran de un material finísimo, más rico que el oro, y estaban cuajadas de piedras preciosas. San Crispín, el bueno de San Crispín, fabricábalas.

—Pues aquí —observó la niña— tendrás que contentarte con unas menos lujosas, y déjate de santos si las encuentras.

* * *

Por fin, el ángel, calzado con sus sandalias y bastante restablecido de su mal, pudo ir y venir por toda la casa.

Era adorable escena verle jugar con los niños. Parecía un gran pájaro azul, con algo de mujer y mucho de paloma, y hasta en lo zurdo de su andar había gracia y señorío.

Podía ya mover el ala enferma, y abría y cerraba las dos con movimientos suaves y con un gran rumor de seda, abanicando a sus amigos.

Cantaba de un modo admirable, y refería a sus dos oyentes historias más bellas que todas las inventadas por los hijos de los hombres.

No se enfadaba jamás. Sonreía casi siempre, y de cuando en cuando se ponía triste.

Y su faz, que era muy bella cuando sonreía, era incomparablemente más bella cuando se ponía pensativa y melancólica, porque adquiriría una expresión nueva que jamás tuvieron los rostros de los ángeles y que tuvo siempre la faz del Nazareno, a quien, según la tradición, “nunca se le vio reír y sí se le vio muchas veces llorar”.

Esta expresión de tristeza augusta fue, quizá, lo único que se llevó el ángel de su paso por la tierra...

* * *

¿Cuántos días transcurrieron así? Los niños no hubieran podido contarlos; la sociedad con los ángeles, la familiaridad con el Ensueño, tienen el don de elevarnos a planos superiores, donde nos sustraemos a las leyes del tiempo.

El ángel, enteramente bueno ya, podía volar, y en sus juegos maravillaba a los niños, lanzándose al espacio con una majestad suprema; cortaba para ellos la fruta de los más altos árboles, y, a veces, los cogía a los dos en sus brazos y volaba de esta suerte.

Tales vuelos, que constituían el deleite mayor para los chicos, alarmaban profundamente a la madre.

—No vayáis a dejarlos caer por inadvertencia, señor Ángel —gritábale la buena mujer—. Os confieso que no me gustan juegos tan peligrosos...

Pero el ángel reía y reían los niños, y la madre acababa por reír también, al ver la agilidad y la fuerza con que aquél los cogía en sus brazos, y la dulzura infinita con que los depositaba sobre el césped del jardín... ¡Se hubiera dicho que hacía su aprendizaje de Ángel Custodio!

—Sois muy fuerte, señor Ángel —decía la madre, llena de pasmo.

Y el ángel, con cierta inocente suficiencia infantil, respondía:

—Tan fuerte, que podría zafar de su órbita a una estrella.

* * *

Una tarde, los niños encontraron al ángel sentado en un poyo de piedra, cerca del muro del huerto, en actitud de tristeza más honda que cuando estaba enfermo.

—¿Qué tienes? —le preguntaron al unísono.

—Tengo —respondió— que ya estoy bueno; que no hay ya pretexto para que permanezca con vosotros...; ¡que me llaman de allá arriba, y que es fuerza que me vaya!

—¿Que te vayas? ¡Eso, nunca! —replicó la niña.

—¿Y qué he de hacer si me llaman?...

—Pues no ir...

—¡Imposible!

Hubo una larga pausa llena de angustia.

Los niños y el ángel lloraban.

De pronto, la chica, más fértil en expedientes, como mujer, dijo:

—Hay un medio de que no nos separemos...

—¿Cuál? —preguntó el ángel, ansioso.

—Que nos lleves contigo.

—¡Muy bien! —afirmó el niño palmeteando.

Y con divino aturdimiento, los tres pusiéronse a bailar como unos locos.

Pasados, empero, estos transportes, la niña quedóse pensativa, y murmuró:

—Pero ¿y nuestra madre?

—¡Eso es! —corroboró el ángel—; ¿y vuestra madre?

—Nuestra madre —sugirió el niño— no sabrá nada... Nos iremos sin decírselo... y cuando esté triste, vendremos a consolarla.

—Mejor sería llevarla con nosotros —dijo la niña.

—¡Me parece bien! —afirmó el ángel—. Yo volveré por ella.

—¡Magnífico!

—¿Estáis, pues, resueltos?

—Resueltos estamos.

Caía la tarde fantásticamente, entre niágaras de oro.

La última guerra

I

Tres habían sido las grandes revoluciones de que se tenía noticia: la que pudiéramos llamar Revolución cristiana, que en modo tal modificó la sociedad y la vida en todo el haz del planeta; la Revolución francesa, que, eminentemente justiciera, vino, a cercén de guillotina, a igualar derechos y cabezas, y la Revolución socialista, la más reciente de todas, aunque remontaba al año dos mil treinta de la Era cristiana. Inútil sería insistir sobre el horror y la unanimidad de esta última revolución, que conmovió la tierra hasta en sus cimientos y que de una manera tan radical reformó ideas, condiciones, costumbres, partiendo en dos el tiempo, de suerte que en adelante ya no pudo decirse sino: Antes de la Revolución social; Después de la Revolución social. Sólo haremos notar que hasta la propia fisonomía de la especie, merced a esta gran conmoción, se modificó en cierto modo. Cuéntase, en efecto, que antes de la Revolución había, sobre todo en los últimos años que la precedieron, ciertos signos muy visibles que distinguían físicamente a las clases llamadas entonces privilegiadas, de los proletarios, a saber: las manos de los individuos de las primeras, sobre todo de las mujeres, tenían dedos afilados, largos, de una delicadeza superior al pétalo de un jazmín, en tanto que las manos de los proletarios, fuera de su notable aspereza o del espesor exagerado de sus dedos, solían tener seis de estos en la diestra, encontrándose el sexto (un poco rudimentario, a decir verdad, y más bien formado por una callosidad semiarticulada) entre el pulgar y el índice, generalmente. Otras muchas marcas delataban, a lo que se cuenta, la diferencia de las clases, y mucho temeríamos fatigar la paciencia del oyente enumerándolas. Solo diremos que los gremios de conductores de vehículos y locomóviles de cualquier género, tales como aeroplanos, aeronaves, aerociclos, automóviles, expresos magnéticos, directísimos transetéreolunares, etc., cuya característica en el trabajo era la perpetua inmovilidad de piernas, habían llegado a la atrofia absoluta de estas, al grado de que, terminadas sus tareas, se dirigían a sus domicilios en pequeños carros eléctricos especiales, usando de ellos para cualquier traslación personal. La Revolución social vino, empero, a cambiar de tal suerte la condición humana, que todas estas características fueron desapareciendo en el transcurso de los siglos, y en el año tres mil quinientos dos de la Nueva Era (o sea cinco mil quinientos treinta y dos de la Era Cristiana) no quedaba ni un vestigio de tal desigualdad dolorosa entre los miembros de la humanidad.

La Revolución social se maduró, no hay niño de escuela que no lo sepa, con la anticipación de muchos siglos. En realidad, la Revolución francesa la preparó, fue el segundo eslabón de la cadena de progresos y de libertades que empezó con la Revolución cristiana; pero hasta el siglo XIX de la vieja Era no empezó a definirse el movimiento unánime de los hombres hacia la igualdad. El año de la Era cristiana 1950 murió el último rey, un rey del Extremo Oriente, visto como una positiva curiosidad por las gentes de aquel tiempo. Europa, que, según la predicción de un gran capitán (a decir verdad, considerado hoy por muchos historiadores como un personaje mítico), en los comienzos del siglo XX (post J.C.) tendría que ser republicana o cosaca se convirtió, en efecto, en el año de 1916, en los Estados Unidos de Europa, federación creada a imagen y semejanza de los Estados Unidos de América (cuyo recuerdo en los anales de la humanidad ha sido tan brillante, y que en aquel entonces ejercían en los destinos del viejo Continente una influencia omnímoda).

II

Pero no divaguemos: ya hemos usado más de tres cilindros de fonotelerradiógrafo en pensar estas reminiscencias¹, y no llegamos aún al punto capital de nuestra narración.

Como decíamos al principio, tres habían sido las grandes revoluciones de que se tenía noticia; pero después de ellas, la humanidad, acostumbrada a una paz y a una estabilidad inmovibles, así en el terreno científico, merced a lo definitivo de los principios conquistados, como en el terreno social, gracias a la maravillosa sabiduría de las leyes y a la alta moralidad de las costumbres, había perdido hasta la noción de lo que era la vigilancia y cautela, y a pesar de su aprendizaje de sangre, tan largo, no sospechaba los terribles acontecimientos que estaban a punto de producirse.

La ignorancia del inmenso complot que se fraguaba en todas partes se explica, por lo demás, perfectamente, por varias razones: en primer lugar, el lenguaje hablado por los animales, lenguaje primitivo, pero pintoresco y bello, era conocido de muy pocos hombres, y esto se comprende; los seres vivientes estaban divididos entonces en dos únicas porciones: los hombres, la clase superior, la élite, como si dijéramos del planeta, iguales todos en derechos y casi, casi en intelectualidad, y los animales, humanidad inferior que iba progresando muy lentamente a través de los milenios, pero que se encontraba en aquel entonces, por lo que ve a los mamíferos, sobre todo, en ciertas condiciones de perfectibilidad relativa muy apreciables. Ahora bien: la élite, el hombre, hubiera juzgado indecoroso para su dignidad aprender cualquiera de los dialectos animales llamados inferiores.

En segundo lugar, la separación entre ambas porciones de la humanidad era completa, pues aun cuando cada familia de hombres alojaba en su habitación propia a dos o tres animales que ejecutaban todos los servicios, hasta los más pesados, como los de la cocina (preparación química de pastillas y de jugos para inyecciones), el aseo de la casa, el cultivo de la tierra, etc., no era común tratar con ellos, sino para darles órdenes en el idioma patricio, o sea el del hombre, que todos ellos aprendían.

En tercer lugar, la dulzura del yugo a que se les tenía sujetos, la holgura relativa de sus recreos, les daba tiempo de conspirar tranquilamente, sobre todo en sus centros de reunión, los días de descanso, centros a los que era raro que concurriese hombre alguno.

III

¿Cuáles fueron las causas determinantes de esta cuarta revolución, la última (así lo espero) de las que han ensangrentado el planeta? En tesis general, las mismas que ocasionaron la Revolución social, las mismas que han ocasionado, puede decirse, todas las revoluciones: viejas hambres, viejos odios hereditarios, la tendencia a igualdad de prerrogativas y de derechos y la aspiración a lo mejor, latente en el alma de todos los seres...

¹ Las vibraciones del cerebro, al pensar se comunicaban directamente a un registrador especial, que a su vez las transmitía a su destino. Hoy se ha reformado por completo este aparato. (n. del autor).

Los animales no podían quejarse, por cierto: el hombre era para ellos paternal, muy más paternal de lo que lo fueron para el proletario los grandes señores después de la Revolución francesa. Obligábalos a desempeñar tareas relativamente rudas, es cierto; porque él, por lo excelente de su naturaleza, se dedicaba de preferencia a la contemplación; mas un intercambio noble, y aun magnánimo, recompensaba estos trabajos con relativas comodidades y placeres. Empero, por una parte el odio atávico de que hablamos, acumulado en tantos siglos de malos tratamientos, y por otra el anhelo, quizá justo ya, de reposo y de mando, determinaban aquella lucha que iba a hacer época en los anales del mundo.

Para que los que oyen esta historia puedan darse una cuenta más exacta y más gráfica, si vale la palabra, de los hechos que precedieron a la revolución, a la rebelión debiéramos decir, de los animales contra el hombre, vamos a hacerles asistir a una de tantas asambleas secretas que se convocaban para definir el programa de la tremenda pugna, asamblea efectuada en México, uno de los grandes focos directores, y que, cumpliendo la profecía de un viejo sabio del siglo XIX, llamado Eliseo Reclus, se había convertido, por su posición geográfica en la medianía de América y entre los dos grandes océanos, en el centro del mundo.

Había en la falda del Ajusco, adonde llegaban los últimos barrios de la ciudad, un gimnasio para mamíferos, en el que estos se reunían los días de fiesta y casi pegado al gimnasio un gran salón de conciertos, muy frecuentado por los mismos. En este salón, de condiciones acústicas perfectas y de amplitud considerable, se efectuó el domingo 3 de agosto de 5532 (de la Nueva Era) la asamblea en cuestión.

Presidía Equis Robertis, un caballo muy hermoso, por cierto; y el primer orador designado era un propagandista célebre en aquel entonces, Can Canis, perro de una inteligencia notable, aunque muy exaltado. Debo advertir que en todas partes del mundo repercutiría, como si dijéramos, el discurso en cuestión, merced a emisores especiales que registraban toda vibración y la transmitían solo a aquellos que tenían los receptores correspondientes, utilizando ciertas corrientes magnéticas; aparatos estos ya hoy en desuso por poco prácticos.

Cuando Can Canis se puso en pie para dirigir la palabra al auditorio, oyéronse por todas partes rumores de aprobación.

IV

—Mis queridos hermanos —empezó Can Canis—:

La hora de nuestra definitiva liberación está próxima. A un signo nuestro, centenares de millares de hermanos se levantarán como una sola masa y caerán sobre los hombres, sobre los tiranos, con la rapidez de una centella. El hombre desaparecerá del haz del planeta y hasta su huella se desvanecerá con él. Entonces seremos nosotros dueños de la tierra, volveremos a serlo, mejor dicho, pues que primero que nadie lo fuimos, en el albor de los milenarios, antes de que el antropoide apareciese en las florestas vírgenes y de que su aullido de terror repercutiese en las cavernas ancestrales. ¡Ah!, todos llevamos en los glóbulos de nuestra sangre el recuerdo orgánico, si la frase se me permite, de aquellos tiempos benditos en que fuimos los reyes del mundo. Entonces, el sol enmarañado aún de llamas a la simple vista, enorme y tórrido, calentaba la tierra con amor en toda su superficie, y de los bosques, de los mares, de los barrancos, de los collados, se exhalaba un vaho espeso y tibio que convidaba a la pereza y a la beatitud. El Mar divino fraguaba y desbarataba aún sus archipiélagos inconsistentes, tejidos de algas y de madrêporas; la cordillera lejana humeaba por las mil bocas de sus volcanes, y en las noches una zona ardiente, de un rojo vivo, le prestaba una gloria extraña y temerosa. La luna, todavía joven y lozana, estremecida

por el continuo bombardeo de sus cráteres, aparecía enorme y roja en el espacio, y a su luz misteriosa surgía formidable de su caverna el león saepelius; el uro erguía su testa poderosa entre las breñas, y el mastodonte contemplaba el perfil de las montañas, que, según la expresión de un poeta árabe, le fingían la silueta de un abuelo gigantesco. Los saurios volantes de las primeras épocas, los iguanodontes de breves cabezas y cuerpos colosales, los megateriums torpes y lentos, no sentían turbado su reposo más que por el rumor sonoro del mar genésico, que fraguaba en sus entrañas el porvenir del mundo.

¡Cuán felices fueron nuestros padres en el nido caliente y piadoso de la tierra de entonces, envuelta en la suave cabellera de esmeralda de sus vegetaciones inmensas, como una virgen que sale del baño...! ¡Cuán felices...! A sus rugidos, a sus gritos inarticulados, respondían solo los ecos de las montañas... Pero un día vieron aparecer con curiosidad, entre las mil variedades de cuadrúmanos que poblaban los bosques y los llenaban con sus chillidos desapacibles, una especie de monos rubios que, más frecuentemente que los otros, se enderezaban y mantenían en posición vertical, cuyo vello era menos áspero, cuyas mandíbulas eran menos toscas, cuyos movimientos eran más suaves, más cadenciosos, más ondulantes, y en cuyos ojos grandes y rizados ardía una chispa extraña y enigmática que nuestros padres no habían visto en otros ojos en la tierra. Aquellos monos eran débiles y miserables... ¡Cuán fácil hubiera sido para nuestros abuelos gigantesco exterminarlos para siempre...! Y de hecho, ¡cuántas veces cuando la horda dormía en medio de la noche, protegida por el claror parpadeante de sus hogueras, una manada de mastodontes, espantada por algún cataclismo, rompía la débil valla de lumbre y pasaba de largo triturando huesos y aplastando vidas; o bien una turba de felinos que acechaba la extinción de las hogueras, una vez que su fuego custodio desaparecía, entraba al campamento y se ofrecía un festín de suculencia memorable...! A pesar de tales catástrofes, aquellos cuadrúmanos, aquellas bestezuelas frágiles, de ojos misteriosos, que sabían encender el fuego, se multiplicaban; y un día, día nefasto para nosotros, a un macho de la horda se le ocurrió, para defenderse, echar mano de una rama de árbol, como hacían los gorilas, y aguzarla con una piedra, como los gorilas nunca soñaron hacerlo. Desde aquel día nuestro destino quedó fijado en la existencia: el hombre había inventado la máquina, y aquella estaca puntiaguda fue su cetro, el cetro de rey que le daba la naturaleza... ¿A qué recordar nuestros largos milenarios de esclavitud, de dolor y de muerte...? El hombre, no contento con destinarnos a las más rudas faenas, recompensadas con malos tratamientos, hacía de muchos de nosotros su manjar habitual, nos condenaba a la vivisección y a martirios análogos, y las hecatombes seguían a las hecatombes sin una protesta, sin un movimiento de piedad... La Naturaleza, empero, nos reservaba para más altos destinos que el de ser comidos a perpetuidad por nuestros tiranos. El progreso, que es la condición de todo lo que alienta, no nos exceptuaba de su ley; y a través de los siglos, algo divino que había en nuestros espíritus rudimentarios, un germen luminoso de intelectualidad, de humanidad futura, que a veces fulguraba dulcemente en los ojos de mi abuelo el perro, a quien un sabio llamaba en el siglo XVIII (post J.C.) un candidato a la humanidad; en las pupilas del caballo, del elefante o del mono, se iba desarrollando en los senos más íntimos de nuestro ser, hasta que, pasados siglos y siglos floreció en indecibles manifestaciones de vida cerebral... El idioma surgió monosilábico, rudo, tímido, imperfecto, de nuestros labios; el pensamiento se abrió como una celeste flor en nuestras cabezas, y un día pudo decirse que había ya nuevos dioses sobre la tierra; por segunda vez en el curso de los tiempos el Creador pronunció un *fiat, et homo factus fuit*.

No vieron Ellos con buenos ojos este paulatino surgimiento de humanidad; mas hubieron de aceptar los hechos consumados, y no pudiendo extinguirla, optaron por utilizarla... Nuestra esclavitud continuó, pues, y ha continuado bajo otra forma: ya no se nos come, se nos trata con aparente dulzura y consideración, se nos abriga, se nos aloja, se nos

llama a participar, en una palabra, de todas las ventajas de la vida social; pero el hombre continúa siendo nuestro tutor, nos mide escrupulosamente nuestros derechos... y deja para nosotros la parte más ruda y penosa de todas las labores de la vida. No somos libres, no somos amos, y queremos ser amos y libres... Por eso nos reunimos aquí hace mucho tiempo, por eso pensamos y maquinamos hace muchos siglos nuestra emancipación, y por eso muy pronto la última revolución del planeta, el grito de rebelión de los animales contra el hombre, estallará, llenando de pavor el universo y definiendo la igualdad de todos los mamíferos que pueblan la tierra...

Así habló Can Canis, y este fue, según todas las probabilidades, el último discurso pronunciado antes de la espantosa conflagración que relatamos.

V

El mundo, he dicho, había olvidado ya su historia de dolor y de muerte; sus armamentos se orinecían en los museos, se encontraba en la época luminosa de la serenidad y de la paz; pero aquella guerra que duró diez años, como el sitio de Troya, aquella guerra que no había tenido ni semejante ni paralelo por lo espantosa, aquella guerra en la que se emplearon máquinas terribles, comparadas con las cuales los proyectiles eléctricos, las granadas henchidas de gases, los espantosos efectos del radium utilizado de mil maneras para dar muerte, las corrientes formidables de aire, los dardos inyectores de microbios, los choques telepáticos..., todos los factores de combate, en fin, de que la humanidad se servía en los antiguos tiempos, eran risibles juegos de niños; aquella guerra, decimos, constituyó un inopinado, nuevo, inenarrable aprendizaje de sangre...

Los hombres, a pesar de su astucia, fuimos sorprendidos en todos los ámbitos del orbe, y el movimiento de los agresores tuvo un carácter tan unánime, tan certero, tan hábil, tan formidable, que no hubo en ningún espíritu siquiera la posibilidad de prevenirlo...

Los animales manejaban las máquinas de todos géneros que proveían a las necesidades de los elegidos; la química era para ellos eminentemente familiar, pues que a diario utilizaban sus secretos: ellos poseían además y vigilaban todos los almacenes de provisiones, ellos dirigían y utilizaban todos los vehículos... Imagínese, por tanto, lo que debió ser aquella pugna, que se libró en la tierra, en el mar y en el aire... La humanidad estuvo a punto de perecer por completo; su fin absoluto llegó a creerse seguro (seguro lo creemos aún)... y a la hora en que yo, uno de los pocos hombres que quedan en el mundo, pienso ante el fonotelerradiógrafo estas líneas, que no sé si concluiré, este relato incoherente que quizá mañana constituirá un utilísimo pedazo de historia... para los humanizados del porvenir, apenas si moramos sobre el haz del planeta unos centenares de sobrevivientes, esclavos de nuestro destino, desposeídos ya de todo lo que fue nuestro prestigio, nuestra fuerza y nuestra gloria, incapaces por nuestro escaso número y a pesar del incalculable poder de nuestro espíritu, de reconquistar el cetro perdido, y llenos del secreto instinto que confirma asaz la conducta cautelosa y enigmática de nuestros vencedores, de que estamos llamados a morir todos, hasta el último, de un modo misterioso, pues que ellos temen que un arbitrio propio de nuestros soberanos recursos mentales nos lleve otra vez, a pesar de nuestro escaso número, al trono de donde hemos sido despeñados... Estaba escrito así... Los autóctonos de Europa desaparecieron ante el vigor latino; desapareció el vigor latino ante el vigor sajón, que se enseñoreó del mundo... y el vigor sajón desapareció ante la invasión eslava; esta, ante la invasión amarilla, que a su vez fue arrollada por la invasión negra, y así, de raza en raza, de hegemonía en hegemonía, de preeminencia en preeminencia, de dominación en dominación, el hombre llegó perfecto y augusto a los límites de la historia... Su misión se cifraba en desaparecer, puesto que ya no era susceptible, por lo absoluto de su

perfección, de perfeccionarse más... ¿Quién podía sustituirlos en el imperio del mundo? ¿Qué raza nueva y vigorosa podía reemplazarle en él? Los primeros animales humanizados, a los cuales tocaba su turno en el escenario de los tiempos... Vengan, pues, enhorabuena; a nosotros, llegados a la divina serenidad de los espíritus completos y definitivos, no nos queda más que morir dulcemente. Humanos son ellos y piadosos serán para matarnos. Después, a su vez, perfeccionados y serenos, morirán para dejar su puesto a nuevas razas que hoy fermentan en el seno oscuro aún de la animalidad inferior, en el misterio de un génesis activo e impenetrable... ¡Todo ello hasta que la vieja llama del sol se extinga suavemente, hasta que su enorme globo, ya oscuro, girando alrededor de una estrella de la constelación de Hércules, sea fecundado por vez primera en el espacio, y de su seno inmenso surjan nuevas humanidades... para que todo recomience!

Una historia vulgar

¡Oh! Me cautiva, en las mañanas de primavera, esa Alameda de México, donde los estudiantes pierden el tiempo, agrupados en esta o aquella glorieta, sobre una novela naturalista o un *reportazgo* sensacional; donde las niñeras, en tanto que los bebés juegan cerca de ellas con la matraca, con el aro, con el velocípedo, charlan o dormitan! Las niñeras de altísimas cofias y delantales de *imperial*, cómo me hacen pensar en aquellos días, ya tan lejanos, en que pasaban por mi mente en regocijada turba Tom Pouce y Pulgarcillo, la Caperucita Encarnada y el Príncipe Deseo, Blanca de Nieve y los Siete Enanos!

En la gran avenida que limita el paseo por el lado Sur, el eterno y desbordante hormigueo de pedestres afanosos, de trenes elegantes, de bicicletas fantásticas; en la Mariscal, San Juan de Dios y San Hipólito, el trajín perenne de tranvías y carros, y ahí, en medio de las dos arterias, los umbráticos árboles llenos de frufúes de hojas satinadas y levísimos crujimientos de brotes encinta, en preñez plena, entre cuyos ramajes se cuelan los rayos de un sol limpio y ardiente, dejando un reguero de manchas circulares en los céspedes el *ch... ch...* persistente del vapor de la estufa, el comadreo de los pájaros y la suave frescura del ambiente. Y juego la guapa muchacha que atraviesa, contoneándose, las glorietas, rumbo a Plateros; el joven teniente que la persigue, tieso, marcial, solemne, con la siniestra sobre la empuñadura de la virgen espada; la familia lugareña que se detiene frente a la gran pajarera; el papelerero, que nos pasa por los ojos el periódico, caliente aún de la mañana; el gendarme, que recorre a lento paso las calzadas, agitando a guisa de batuta la barnizada macana; los chillidos del motor de los caballitos; el quejumbroso acento del orquestrión, que rumia *Sobre las alas y Después del baile*, y el *run run* de la podadera que tritura la hierba lacia y húmeda, verde esmeralda.

Se está bien ahí a la sombra, en la banca de hierro, con el autor favorito en la mano.

Y en una de esas bancas, frontera al minúsculo *chalet* de la Dirección General de Paseos, y en una de aquellas mañanas de efluvios frescos y cielo limpiísimo, leía yo, Pascual Aguilera, un libro de Daudet.

¿No han oído ustedes por ventura mi nombre? ¿No lo conocen? Pues a dar un vistazo a los aparadores de las principales librerías de la capital, amigos míos, que aquí hallarán entre un *Pachín González* y una *Juanita la Larga*, en *dieciseisavo*, con blancos forros y rojo título, mis versos: *Lieder de Nieve*. ¡Oh mis versos! ... No se venden mucho que digamos, pero, en fin, se ven ahí, que es lo que importa, codeándose con el sabroso castellano de don Juan Valera. Además, yo no necesito que se vendan. A todos los que me han dicho: “Hombre, ¿dónde están tus versos que quiero comprarlos?” Les he respondido: “De ninguna manera; yo te regalaré un ejemplar.”

Así veo que lo hacen los otros autores y el procedimiento me parece muy natural.

Y porque es muy natural, la sorpresa que recibí aquella mañana fue muy grande; si, muy grande.

Imagínense ustedes que una muchacha, la más linda que he conocido, precedida de su criada y con un libro en la mano, llegó a donde yo estaba; que ambas se instalaron a mi lado, la muchacha cerca, cerquita de mí; que en tanto que la fámula hacía vagabundear sus ojos por la glorieta inmediata, la niña abrió su libro y se puso a leer, y que aquel libro, era... el mío *Lieder de Nieve*. ¡Si no lo conociera yo! Me bastó una ojeada discreta a los forros que estaban al alcance de mi vista por la posición en que la muchacha leía... Imagínense ustedes todo esto y conciban mi alegría infinita, la oleada de vanidad que invadió mi cabeza, la emoción que hizo latir con sordo *pum pum* mi corazón.

No, ni el elogio melifluo que al aparecer en parte visible de un periódico desflora un nombre inédito, ni el aplauso estrepitoso que premia las décimas efectistas dichas con miedo pueril en una velada ni el abrazo efusivo del pontífice literario, que nos dice: “Leí sus versos, joven; promete usted mucho”; no, nada de esto es comparable a lo que yo experimentaba.

—¡Pónganse ustedes en mi lugar!

Apenas repuesto de mi emoción intenté seguir en el rostro de la muchacha, un rostro moreno, con bellazones de melocotón y sonrosados de manzana, alumbrada por ojazos fulgurantes, tórridos, de terciopelo; intentó seguir, digo, las impresiones que despertaban mis versos... y. (oh Dios mío sucedíanse los rubores y las palideces, como se suceden en las nubecillas del caso en una tarde de julio; y había entre las grandes pestañas rizadas relampagueos fugitivos y entre el rojo de los labios aguanosos sonrisas enigmáticas.

—¿Y cuáles leería?

Hubiera sido indiscreción intentar sorprenderla; mas el libro estaba abierto hacia la medianía... Eran, sin duda, aquellos endecasílabos:

*Princesita., ya vuelca la mañana
sus ánforas de luz y en los alcores...*

Sin duda, si, ¿no se advertía acaso en su faz la alegría de la vida que despiertan tales versos? O más bien los otros:

*Tardes grises, tardes grises,
sin fulgores, sin matices.*

porque tras la repentina irrupción de júbilo ensombrecía sus ojos algo como la proyección de una ala negra.

*También podían ser aquellos:
En la urna bermeja de tus labios*

mi espíritu está preso...

Es claro, puesto que sonreía mostrando la sarta láctea y fresca de los dientes.

Ya no podía contenerme; adoraba ya a aquella mujer y se atropellaban por salir a mis labios palabras iguales a semejantes a estas: —Señorita yo soy Pascual Aguilera, el autor de los versos que tanto la emocionan, y la ama a usted y quiero que sea usted mi novia. Ya lo había presentido al escribirlos; pasaba usted por mis sueños, vestida de luz de luna, tenue y poética como una Ofelia... ¡Oh ámeme usted; nadie me ha amado hasta hoy; no había logrado encontrar el alma gemela de la mía! ¡Si viera usted qué caudal de ternuras intensas llevo aquí dentro! ¡...Vamos, no sea usted mala señorita mía, princesita mía, corazoncito mío ámeme usted!

Pero me contuvo a tiempo la arisca fisonomía de la criada.

Y entre si me atrevo o no me atrevo, transcurrieron algunos minutos, hasta que — siempre la casualidad amigada de Eros, el Argos de rebozo—, dijo a la lectora:

—Niña, voy a estirar los pies por aquí cerca.

Frase muy vulgar, no vacua en confesarlo, pero que martilló en mi oído como un repique de gloria.

Asintió la joven con un movimiento de cabeza, y no bien hubo dado la fámula algunos pasos, inicié mi peroración:

—Señorita... yo...

Distrajo del libro la mirada y sentí que sus ojos sorprendidos se clavaban en los míos lba a desfallecer, pero cobrando ánimos como pude, continué:

—Dispense usted, y no se incomode; decía que yo que yo soy el autor...

No pude continuar; se enredaban en mi lengua las palabras rebeldes.

Ella, al hacerse cargo de mi embarazo estuvo a punto de soltar a todo trapo la risa más a tiempo; mordiéndose el forro de los carrillos, y ya medianamente seria, preguntó:

—¿Luego usted escribió esto?

Esto; la palabra era despectiva...

—Sí —díjeme—; yo, ya, que la quiero a usted...

Sonrió y se ruborizó ligeramente.

—Vamos —insistí más animado—, la quiero a usted sin remedio mucho, mucho, y...

—¡Pero qué susto me ha hecho pasar! —exclamó interrumpiéndome—. Figúrese que cayó la carta cerca, cerquita de mamá, que estaba conmigo en la ventana, y que si no ha sido porque disimulo mucho, nos lucimos. Y después, cuando iba a leerla en el despacho de papá, llegó mamá y apenas tuve tiempo de ocultarla en este libro que estaba sobre el escritorio. En toda la noche me fue imposible leerla..., es tan larga y tenía ya tanto miedo... A cada paso salía mamá con que: “Apaga la luz y duérmete, niña.” Por fin, hoy, dije que iba a misa, y..., con el librito en el bolsillo, vine a la Alameda...

No, no desfallecía tampoco entonces, mas confesemos que había razón para morirse de tristeza.

¡Mi libro había servido para ocultar una cartita amorosa de un Don Nadie, de esos que tras hora y media de oso a favor de la noche arrojan billetes a las ventanas!

Vanos entusiasmos de la vanidad. Y pumpuneaba, ahora tristemente, mi corazón y me decía: “Ya no hay Ofelias, ya no hay Eros, ya no hay Lauras, Pascualilo; mata en ti el microbio literario, abencerraje anacrónico; búscalo en tus glóbulos y extráelo, si quieres ser feliz.”

Pero urgía dar un paso... La joven callaba y yo me ponía de todos colores. ¿Apechugaría con la paternidad de eso?

Pero, ¡Dios mío!, ¿y si estaba plagado de disparates ortográficos?

No; era mejor hablar claro, resolviendo el ridículo, y con voz cuyas inflexiones parecían recorrer toda la gama del despecho y del desencanto, dije a mi compañera:

—Siento desengañar a usted, pero no me refería a la carta.

—¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir?

—Que no soy el autor de eso, sino de lo otro..., pues..., del libro.

—¡Ah!

—¿Acaso no se le ocurrió a usted hojearlo?

Se ruborizó hasta las orejas y volvió entre sus dedos el tomo, que... ¡estaba al revés!

Quedaba un supremo refugio a mi vanidad acorralada, corrida, en vías de capitular.

Puesto que tenía el libro en su casa, lo habían comprado; luego *se vendía*.

Lo tomé suavemente de sus manos y volví a la primera hoja. En ella había esta dedicatoria de mi puño y letra: “Al ilustre escritor y diputado H. H.”

—Mi padre —dijo la niña designando con su índice sonrosado el nombre aquél.

Su padre, sí, que tampoco lo había leído, porque el libro no estaba desflorado...

Y para eso se llama uno Pascual Aguilera, se es poeta y se escribe un libro intitulado *Lieder de Nieve*.

(1896)

Una esperanza

En un ángulo de la pieza, habilitada de capilla, Luis, el joven militar y, abrumado por el paso su mala fortuna, pensaba.

Pensaba en los viejos días de su niñez, pródiga en goces y rodeada de mimos, en la amplia y tranquila casa paterna, uno de esos caserones de provincia, sólidos, vastos, con jardín, huerta y establos, con espaciosos corredores, con grandes ventanas que abrían sobre la solitaria calle de una ciudad de segundo orden (no lejos, por cierto, de aquella en que él iba a morir), sus rectángulos cubiertos por encorvadas y potentes rejas, en las cuales lucía discretamente la gracia viril de los rosetones de hierro forjado.

Recordaba su adolescencia, sus primeros ensueños, vagos como luz de estrellas, sus amores cristalinos, misteriosos, asustadizos como un cervatillo en la montaña y más pensados que dichos, con la güerita de enagua corta, que apenas delectaba los libros y la vida...

Luego desarrollábase ante sus ojos el claro paisaje de su juventud fogosa; sus camaradas alegres y sus relaciones ya serias con la rubia de marras, vuelta mujer y que ahora reza sin duda porque vuelva. ¡Ay!, en vano, en vano...

Y, por último, llegaba a la época más reciente de su vida, al período de entusiasmo patriótico, que le hizo afiliarse al Partido Liberal, amenazado de muerte por la Reacción, ayudada en esta vez de un poder extranjero y que, después de varias escaramuzas y batallas, le había llevado a aquel espantoso trance.

Cogido con las armas en la mano, hedió prisionero y ofrecido con otros compañeros a trueque de las vidas de algunos oficiales reaccionarios había visto desvanecerse su última esperanza, en virtud de que la proposición-, cuando correligionarios, habían fusilado ya a los prisioneros conservadores.

Iba, pues, a morir. Esta idea que había salido por un instante de la zona de su pensamiento, gracias a la excursión amable por los sonrientes recuerdos de la niñez y de la juventud, volvía de pronto, con todo su horror, estremeciéndole de pies a cabeza.

Iba a morir... ¡a morir! No podía creerlo, y, sin embargo, la verdad tremenda se imponía: bastaba mirar alrededor: aquel altar improvisado, aquel Cristo viejo y gesticulante sobre cuyo cuerpo esqueletado caía móvil y siniestra la luz amarillenta de las velas, y, ahí cerca, visibles a través de la rejilla de la puerta, las cantinelas de vista... Iba a morir, así, fuerte, joven, rico, amado... ¡Y todo por qué! Por una abstracta noción de patria y de partido... ¿Y qué cosa era la patria? Algo muy impreciso, muy vago para él en aquellos momentos de turbación, en tanto que la vida, la vida que iba a perder, era algo real, realismo, definido... ¡era su vida!

¡La Patria! ¡Morir por la Patria! —pensaba—. Pero es que ésta, en su augusta y divina inconsciencia, no sabrá siquiera que he muerto por ella...

“¡Y que importa, si tú lo sabes!” —le replicaba allá dentro un subconsciente misterioso—. “La Patria lo sabrá por tu propio conocimiento, por tu pensamiento propio, que es un pedazo de su pensamiento y de su conciencia colectiva ... Eso basta...”

No, no bastaba eso... y sobre todo, no quería morir: su vida era “muy suya” y no quería que se la quitaran. Un formidable instinto de conservación se sublevaba en todo su ser y ascendía incontenible, torturador y lleno de protestas.

A veces, la fatiga de las prolognadas vigiliadas, la intensidad de aquella sorda fermentación de su pensamiento, el exceso mismo de la pena, le alumbraban y dormitaban un poco; pero entonces, su despertar brusco y la inmediata, clarísima y repentina noción de su fin, un punto perdida, eran un tormento inefable, y el cuitado, con las manos sobre el rostro,

sollozaba con un sollozo que llegando al oído de los centinelas, hacía asomar por la rejilla sus caras atezadas, en las que se leía la secular indiferencia del indio.

II

Se oyó en la puerta un breve cuchicheo y en seguida ésta se abrió dulcemente para dar entrada a un sombrío personaje, cuyas ropas se diluyeron casi en el Negro de la noche, que vencía las últimas claridades crepusculares.

Era un sacerdote.

El joven militar, apenas lo vio, se puso en pie y extendió hacia él los brazos como para detenerle, exclamando:

—¡Es inútil, padre, no quiero confesarme!

Y sin aguardar a que la sombra aquella respondiera, continuó con exaltación creciente:

—No, no me confieso, es inútil que venga usted a molestarme. ¿Sabe usted lo que quiero? Quiero la vida, que no me quiten la vida: es mía, muy mía y no tienen derecho de arrebatármela... Si son cristianos, ¿por qué me matan? En vez de enviarle a usted a que me abra las puertas de la vida eterna, que empiecen por no cerrarme las de ésta... No quiero morir, ¿entiende usted?, me rebelo a morir: soy joven, muy sano, soy rico, tengo padres y una novia que me adora; la vida es bella, muy bella para mí... Morir en el campo de batalla, en medio del estruendo del combate, al lado de los compañeros que luchan, enardecida la sangre por el sonido del clarín... ¡bueno, bueno! Pero morir, oscura y tristemente, pegado a la barda mohosa de una puerta, en el rincón de una sucia plazuela, a las primeras luces del alba, sin que nadie sepa siquiera que ha muerto uno como los hombres... ¡padre, padre, eso es horrible!

Y el infeliz se echó en el suelo, sollozando.

—Hijo mío —dijo el sacerdote cuando comprendió que podía ser oído—: yo no vengo a traerle a usted los consuelos de la religión; en esta vez soy emisario de los hombres y no de Dios, y si usted me hubiese oído con calma desde un principio, hubiera usted evitado esa exacerbación de pena que le hace sollozar de tal manera. Yo vengo a traerle justamente la vida, ¿entiende usted?, esa vida que usted pedía hace un instante con tales extremos de angustia... ¡la vida que es para usted tan preciosa! Óigame con atención, procurando dominar sus nervios y sus emociones, porque no tenemos tiempo que perder: he entrado con el pretexto de confesar a usted y es preciso que todos crean que usted se confiesa: arrodílese, pues, y escúcheme. Tiene usted amigos poderosos que se interesan por su suerte; su familia ha hecho hasta lo imposible por salvarlo, y no pudiendo obtenerse del jefe de las armas la gracia de usted, se ha logrado con graves dificultades e incontables riesgos sobornar al jefe del pelotón encargado de fusilarle. Los fusiles estarán cargados sólo con pólvora y taco; al oír el disparo, usted caerá como los otros, los que con usted serán llevados al patíbulo, y permanecerá inmóvil. La oscuridad de la hora le ayudará a representar esta comedia. Manos piadosas —las de los Hermanos de la Misericordia, ya de acuerdo— le recogerán a usted del sitio en cuanto el pelotón se aleje, y le ocultarán hasta llegada la noche, durante la cual sus amigos facilitarán su huída. Las tropas liberales avanzan sobre la ciudad, a la que pondrán sin duda cerco dentro de breves días. Se unirá usted a ellas sí gusta. Conque... ya lo sabe usted todo: ahora rece en voz alta el “Yo pecador”, mientras pronuncio la fórmula de la absolución, y procure dominar su júbilo durante las horas que faltan para la ejecución, a fin de que nadie sospeche la verdad.

—Padre —murmuró el oficial, a quien la impresión de una alegría loca permitía apenas el uso de la palabra—, ¡que Dios lo bendiga! —y luego, presa súbitamente de una duda

terrible—: Pero... ¿todo esto es verdad?... —añadió temblando—. ¿No se trata de un engaño piadoso, destinado a endulzar mis últimas horas? ¡Oh, eso sería inicuo, padre!

—Hijo mío un engaño de tal naturaleza constituiría la mayor de las infamias, y yo soy incapaz de cometerla...

—Es cierto, padre, perdóneme, no sé lo que digo, ¡estoy loco de júbilo!

—Calma, hijo, mucha calma y hasta mañana; yo estaré con usted en el momento solemne.

III

Apuntaba apenas el alba, una alba desteñida y friolenta de febrero, cuando los reos - cinco por todos- que debían ser ejecutados, fueron sacados de la prisión y conducidos, en compañía del sacerdote, que rezaba con ellos, a una plazuela terregosa y triste, limitada por bardas semiderruidas y donde era costumbre llevar a cabo las ejecuciones.

Nuestro Luis marchaba entre ellos con paso firme, con erguida frente; pero llena el alma de una emoción desconocida y de un deseo infinito de que acabase pronto aquella horrible farsa

Al llegar a la plazuela, los cinco reos fueron colocados en fila, a cierta distancia, y la tropa que los escoltaba, a la voz de mando, se dividió en cinco grupos de a siete hombres, según previa distribución hecha por el cuartel.

El coronel del cuerpo, que asistía a la ejecución, indicó al sacerdote que desde la prisión había ido exhortando a los reos, que los vendara y se alejase luego a cierta distancia. Así lo hizo el padre y el jefe del pelotón dio las primeras órdenes con voz seca y perentoria.

La leve sangre de la aurora empezaba a teñir con desmayo melancólico las nubecillas del oriente y estremecían el silencio de la madrugada los primeros toques de una campanita cercana que llamaba a misa.

De pronto una espera rubricó el aire, una detonación formidable y desigual llenó de ecos la plazuela, y los cinco ajusticiados cayeron trágicamente en medio de la penumbra semirrosada del amanecer

El jefe del pelotón hizo en seguida desfilar a los soldados con la cara vuelta hacia los reos y con breves órdenes organizó el regreso al cuartel, mientras que los Hermanos de la Misericordia se apercebían a recoger los cadáveres.

En aquel momento, un granuja de los muchos mañaneros que asistían a la ejecución, gritó con voz destemplada, señalando a Luis, que yacía cuan largo era al pie del muro:

—¡Ese está vivo! ¡Ese está vivo! Ha movido una pierna...

El jefe del pelotón se detuvo, vaciló un instante, quiso decir algo al pillete; pero sus ojos se encontraron con la mirada interrogadora, fría e imperiosa del coronel, y desnudando la gran pistola Colt que llevaba ceñida, avanzó hacia Luis, que presa del terror más espantoso, casi no respiraba, apoyó el cañón en su sien izquierda e hizo fuego.

Las nubes

Un día llegará para la tierra, dentro de muchos años, dentro de muchos siglos, en que ya no habrá nubes.

Esas apariciones blancas o grises, inconsistentes y fantasmagóricas, que se sonrosan con el alba y se doran a fuego con el crepúsculo, no más, incansables peregrinas, bogarán por los aires.

Los grandes océanos palpitantes, que hoy ciñen y arrullan o azotan a los continentes, se habrán reducido a mezquinos mediterráneos, y en sus cuencas enormes, que semejarán espantosas cicatrices, morará el hombre entre híbridas faunas y floras.

Debido a incesantes filtraciones, el agua en las honduras de la tierra, amalgamada con otras sustancias, tendrá otras propiedades y se llamará de otro modo.

El sol, padre de la vida, llegado a un ciclo más avanzado de su evolución, alumbrará y calentará menos. Su luz, que en épocas prehistóricas pasó del blanco al amarillo, habrá pasado ya del amarillo al rojo, como Antares y Aldebarán.

Por efecto del menor calor y del menor caudal de las aguas, la evaporación habrá de ser muy menos considerable que ahora, y una gran sequedad reinará en la atmósfera.

¡Ni nubes, ni lluvia!

El cielo, de un incontaminado azul, se combará serenamente sobre la tierra.

Por las mañanas, un leve tinte rojo, en el orto, anunciará la aurora; por las tardes, un decrecimiento brusco de la luz presidirá a las tinieblas.

No más volcanes ignívoros, no más prodigiosas cordilleras de oro, no más inmensos abanicos de fuego con varillajes nacarados, no más piélagos de llamas, no más entonaciones malva, lila y heliotropo, entre los cuales bulle la estrella de la tarde.

Los poetas experimentarán una suprema tristeza; pero ya no existirán los poetas. El último se habrá extinguido hará muchos siglos.

La humanidad de entonces sabrá, empero, porque se lo han enseñado, que hubo aguaceros y tormentas sobre la tierra, como hoy sabemos que hubo ictiosaurios y plesiosaurios; sabrá que masas de vapores, fingiendo monstruos de plomizo vientre, rodaban amenazantes, preñadas de electricidad, y que ya fecundaban la tierra con el jugo vital de su seno, ya la inundaban y la desolaban.

Sabrá que en algunos climas, días y hasta meses enteros un velo gris impedía la vista del sol, que había metrópolis donde el azul del cielo era casi un milagro.

Sabrá estas cosas, y acaso también, por las descripciones literarias y por los lienzos, muy raros, que hayan podido conservarse, tendrá una idea de lo que eran las nubes. Cosa portentosa debían de ser, sobre todo en las transfiguraciones de la aurora y del crepúsculo, ya que encantaron las meditaciones de los artistas y de los sabios, y extendieron su telón de magia y de ensueño sobre el idilio de los amantes; ya que crearon todo un género pictórico y todo un género literario. Cosa maravillosa debieron de ser, cuando habrá hombres que no amando ni a la patria ni a la gloria como aquel extranjero de Baudelaire, podían exclamar, sin embargo:

“J'aime les nuages, les nuages qui passent, là-bas... les merveilleux nuages...”

Cosa imponente debieron de ser cuando el Hijo del Hombre amenazaba con venir a juzgar a la humanidad sobre las nubes del cielo...

Cosa debieron de ser por todo extremo fugitiva, cuando el idumeo Job afirmaba que la vida humana pasa ligera como ellas... *Sicut nubes*.

Y los hombres de entonces, pensativos a veces, querrán evocar la imagen de un estrato, de un cúmulo, de un cirro, de un nimbo; querrán figurarse la gracia alada e imprecisa de un celaje..., y no lo lograrán.

* * *

Sin embargo, muy de tarde en tarde, casi de siglo en siglo, tal como ahora vienen esos enigmáticos viajeros del éter que arrastran cauda como los viejos reyes, aparecerá en el tenue azul el prodigio de una nubecilla.

Será más leve que el alma de una pluma.

A través de ella, como a través de la tenuidad gaseosa de los cometas, podrán mirarse hasta las pequeñas estrellas. Leve, ágil, ideal, nacarada, incomparable, verdadera visión de ensueño, cruzará por el aire.

Todos los hombres saldrán entonces de sus casas para contemplarla. Extáticos permanecerán mirándola y remirándola... y las ondas hertzianas llevarán este mensaje por el haz de la tierra:

“Hoy, en tal región, en tal instante, ha aparecido una nube. ¡Una blanca y maravillosa nube!”

El diablo desinteresado

I

Cipriano de Urquijo, muchacho hispanoamericano, llegó a París hace pocos años con el propósito de ser el pintor 10.801 de los que albergaba la Ciudad Luz, donde, según las estadísticas, había a la sazón diez mil ochocientos (número cerrado).

Buscó en el barrio de Montparnasse uno de esos modestos “estudios”, a los que da acceso un patinillo con toldo rústico de trepadoras.

El estudio estaba dividido en dos compartimientos por una cortina de cretona. Detrás de la cortina, sobre una especie de andamio, al que se subía por una escalerilla de madera, se hallaba el dormitorio, compuesto de un catre-jaula, un lavabo comprado por cinco francos en el bazar de la Gaité, y una mesa de noche, de pino, sin pintar, sobre la cual se posaba majestuosamente la lámpara.

En la parte anterior de la habitación estaba el estudio propiamente dicho. ¿Describirlo? ¡Para qué! , *o à quoi bon!* , si le place más al lector, quien, sin duda, habrá conocido diez mil ochocientos estudios de este género, o, si la cifra le parece exagerada, cinco mil cuatrocientos, dos mil setecientos, mil trescientos cincuenta...

Baste decir que había un biombo, fabricado y pintado por Cipriano; algunos lienzos del joven artista; estampas viejas, persas, japonesas; tres o cuatro chucherías sobre mesitas y repisas; un viejo diván con su corte de sillas, adquiridas en diversas subastas, con lo cual dicho está que cada una acusaba una “fisonomía propia”, etcétera, etcétera, etcétera.

Por lo demás, yo no sé con qué objeto estoy describiendo el estudio de Cipriano de Urquijo, puesto que en el instante en que el lector va a trabar conocimiento con el artista, éste ha salido...

Sí, ha salido, por lo que no le haremos una visita en la rué Campagne Première, donde vive, sino que le encontraremos en el boulevard Malesherbes, tan distante de aquélla.

Es una tarde otoñal y nublada; una de esas tardes envueltas en cendales tenues, que tanto enmisterian (perdón por el verbo) y envaguecen las deliciosas perspectivas de París.

Cipriano de Urquijo pasea por el ancho boulevard silencioso.

Vamos a decirlo de una vez: Cipriano de Urquijo está enamorado, está bestialmente enamorado (lo de bestial es sólo para ponderar).

El pintor hispanoamericano ha visto a una muchacha alta (“ocho cabezas”, por lo menos), rubia, de una distinción estupenda, que iba con su mamá por la Avenida de la Opera; ha sufrido el *coup de foudre*, el flechazo... La ha seguido, naturalmente, y ha llegado tras ella al dicho boulevard Malesherbes, en uno de cuyos portales se han metido las dos.

Cipriano de Urquijo, con una audacia poco vulgar (no quiero decir poco común, por el coco) se ha aventurado a preguntar a la portera, poniendo previamente en su diestra (creo que fue en su diestra) un franco.

—¿Quién es esa señorita que acaba de subir con su mamá?

La portera, después de ver con rápida mirada el franco, le ha respondido:

—Es la señorita Laura (¡Laura, como la del Petrarca!), hija del señor Constantin, monsieur Víctor Anatole Constantin, economista y miembro del Instituto.

¡Demonio! ¡Economista y miembro del Instituto!

Lo de economista querrá decir que el señor Constantin es un hombre práctico.

Cipriano de Urquijo ha sentido siempre un respeto, mezclado de aversión, por los economistas, sobre todo desde que una vez en su ciudad natal (ciudad provinciana), un

señor gordo, de lentes, personaje principalísimo, director de la sucursal de un gran banco metropolitano, le dijo en una fiesta, mirándole de arriba abajo con el mayor desdén:

—Jovencito, usted no es más que un soñador. Hay que ser hombre práctico. Hay que pisar bien la tierra (y “piafaba” al decir esto, con sus grandes pies calzados de botas americanas de triple suela). ¡Déjese de pintar monos y lea a Leroy-Beaulieu!

¡Miembro del Instituto!... ¡Jesús! ¡Esto era más imponente aún que lo de economista!

El señor Constantin, sabio oficial, debía desdeñar inmensamente a los pintores de la rue Campagne Première.

Cipriano pensaba estas cosas ya en el boulevard, después de haber oído los informes (de a franco) que le había dado la portera.

Acariciábase con movimiento nervioso la barba, una *barbiche* a la francesa, terminada en punta, de color de caoba.

¡Laura! Laura Constantin, mademoiselle Laura Constantin, una monada, una rubia epatante, con dos ojos que parecían dos luminosas violetas dobles... ¡Una muchacha a la que él iba a amar, a adorar, a idolatrar, toda su vida, su “pintoresca” vida, por larga que fuese!

Cinco días seguidos, con lluvia, con niebla, y alguna vez (porque de todo hay en París) con un poquito de azul desvaído que sentaba maravillosamente a la ciudad única, Cipriano había ido a rondar a la manera española, el portal de la casa de mademoiselle Laura.... ¡y no sabía aún en qué piso vivía ésta!

El muy imbécil olvidó preguntarlo a la portera...

Ahora, para saberlo, tendría que ponerla otro franco en la mano.

—¡Cosa más fácil! —diréis. Claro, muy fácil para vosotros, que tendréis siempre un franco de más en vuestro bolsillo; pero no para Cipriano, que por lo general “lo tenía de menos”.

En esos cinco días ni una sola vez, ni en los cachos de tarde apacible, había asomado la cara detrás de las vidrieras de ningún piso la señorita Laura.

El espectáculo de la calle debía de serla indiferente en absoluto.

A medida que anochecía iban encendiéndose los cristales de las diversas habitaciones del “inmueble”.

¡Oh, enigma! ¿Cuál de aquellas luces, más o menos vivas, añadía su oro al rubio pálido de sus cabellos de la señorita Laura?

Cipriano se ponía nervioso y tiraba con desesperación de la punta de su barba de caoba.

¡Irritante no saber!

A veces, una sombra pasaba detrás de los visillos.

Cipriano, con toda la energía de su voluntad, ordenábala: “¡Asómate!”

Parecíale imposible que tal orden vehementísima no Llegase hasta la sombra aquella y la empujase o atrajese a la vidriera. ..

¡Pero vaya usted a saber si el cristal es un aislador de la voluntad!

(A veces, se le ocurre al autor de estas páginas que sí debe serlo, y que, por eso, los borrachos no pueden curarse de su maldito vicio. Entre la botella y su voluntad de no beber hay una pared de vidrio, y la voluntad se anula, quedando sólo “la sed, que nunca se sacia”. Si los cacharos que contienen el whisky o el cognac fuesen de barro, como los que contienen la ginebra... Ya ven ustedes que, en suma, la ginebra se bebe poco cuando está así envasada.)

II

Cinco días, pues, transcurrieron como digo, y el Azar, la Casualidad, el Destino, no habían hecho coincidir siquiera un instante aquellas dos vidas.

Seguramente, la señorita Laura salía a alguna parte; iba a las Galerías Lafayette, al Printemps, al Louvre, como todo el mundo; asistía de cuando en cuando a una sección de cine; hacía tal o cual visita... ¿Cómo, pues, en cinco días no se habían encontrado?

¿Estaría enferma la señorita Laura?

¡Oh! Con qué suavidad su cabecita delicada debía de reposar sobre el almohadón. Con qué voz musical, con qué melodiosa quejumbre, la dulce doliente debía de exclamar, dirigiéndose a madame Constantin:

—*Que je souffre, petite mère!*

Y Cipriano, exaltado con esta imaginación, desesperábase, lamentando que los inventos modernos, que habían domeñado y avasallado tantas fuerzas invisibles, no pudiesen suministrarle aún ninguna para que el beso de un pintor se posase desde lejos en la frente pálida de una muchacha enferma, y su voz se hiciese oír, como con telefonía inalámbrica, en el pétalo traslúcido de una ore-jita, entre el ensortijamiento de las hebras de oro, para decirle:

—*Je vous aime et je fie veux pos qui vous soyez mala-de, mademoiselle Laura!*

* * *

Cipriano, que era un chico bueno, ingenuo hasta la pared de enfrente, piadoso a ratos (sobre todo cuando se acordaba de la madre lejana, que le hacía rezar el rosario), empezó a sentir cierta vaga rebelión contra la divina providencia (ya veremos qué injustamente).

¿Por qué, si es cierto que interviene hasta en el movimiento de la hoja del árbol, no movía aquellos visillos, haciendo aparecer detrás la cabeza soñada?

¿Un visillo es, por ventura, para la divina providencia, más difícil de mover que la hoja de un árbol?

¡El diablo acaso hubiese sido más amable! ¡Lástima que no se preocupase ya de los enamorados, como sucedía antaño!

A Cipriano le había referido no sé quién la historia de un apasionado muchacho que fue una noche de tormenta (según se lo prescribió cierta bruja) a buscar al diablo a una lejana cueva desde cuyo interior solía dejarse oír su voz... cavernosa (este adjetivo viene ahora muy a pelo) como la del antiguo oráculo.

El diablo, después de oír, “al parecer con atención”, la súplica del mancebo, que se refería a una morena admirable, reacia al cariño como pocas, contestó con sorna:

—¡Ya la quisiera para mí!

No había, pues, que contar con Satanás, que, por otra parte, en seguida pedía el alma.

—¡Y qué me hubiera importado ofrecérsela —seguía diciendo Cipriano— si de hecho me la ha robado ya esta chiquilla!

* * *

...El boulevard estaba solitario. Cipriano debió de hablar en voz alta.

Alguien, en la sombra, escuchó todo el monólogo.

Un señor perfectamente forrado en un gabán de pieles (hacía mucho frío), con la cabeza metida dentro de un sombrero de copa, se acercó a Cipriano, y en el más correcto español de la *ca'Alcalá*, le dijo:

—Caballero, me parece que acaba usted de invocar al diablo y que ha incurrido usted en la secular vulgaridad de hacer esta invocación para que Satanás le conceda a una mujer...

A Cipriano aquella burla gratuita, arbitraria, le incomodó, y estuvo a punto de responder una grosería.

Pero el señor del gabán de pieles le miraba con un interés simpático (la escena pasaba al pie de un farol de gas), con sonrisa llena de expresión. Tenía unos ojos grises, curiosos y

tiernos al propio tiempo; un rostro enérgico, muy pálido, aguileño, perfectamente afeitado (Mefistófeles, por lo visto, renunciaba al bigote retorcido y a la barba puntiaguda).

Emanaba de aquel rostro no sé qué expresión de astucia amable, no sé qué poderoso atractivo, que dominó instantáneamente el enojo del pintor.

—Caballero —dijo éste—: aun cuando sin ningún derecho terciaba usted en el “diálogo” íntimo de un desconocido, haciendo caso omiso de esta impertinencia, le diré que me pilla —después de dos horas de plantón en esta calle— en un momento propicio a las confidencias, muy naturales, por lo demás, en un enamorado... Y debido a esto, en vez de oír de mis labios una frase dura y desdeñosa, va usted a escuchar una confesión. Hace cinco días encontré en la Avenida de la Opera a la señorita Laura Constantin, hija del señor Víctor Anatolio Constantin, economista, miembro del Instituto, y estoy perdidamente enamorado de esa señorita, a quien, a pesar de todos mis esfuerzos, no he vuelto a ver, no obstante que nos hallamos frente a su casa —añadió señalando el edificio que conocemos.

El enigmático personaje escuchaba sonriendo, con una sonrisa entre irónica, deferente y amable.

—La señorita Laura Constantin —repitió—, hija del señor Víctor Anatolio Constantin, economista y miembro del Instituto... que vive allí enfrente, según dice usted. .. ¡Muy bien! ¿Quiere usted darme la dirección de su taller?

—¿Cómo sabe usted que soy pintor?...

—Hombre, si supone usted siquiera por un momento que soy el diablo, el diablo a quien usted deseaba invocar, comprenderá que puedo adivinarlo.

Cipriano quedóse mirándole con una ingenuidad absolutamente provinciana, y metiendo mano en su bolsillo de pecho sacó su cartera y de ella una tarjeta con sus señas.

El desconocido leyó con atención.

—¡Perfectamente! —exclamó. Pues señor de Urquijo (tiene usted nombre de banquero, más que de artista), señor de Urquijo, el pacto está hecho: usted se casará dentro de un año con la señorita Laura, y será además un gran pintor... Buenas noches. Le aconsejo que se meta en el Metro y se vaya a su taller. Hace mucho frío. *Aurevoir!*

Y sin dar tiempo a Cipriano de que preguntase nada, haciéndole un signo amistoso con la diestra, se alejó rápidamente, perdiéndose entre la niebla, cada vez más espesa.

III

Ya en su estudio, arrellanado en el diván, en aquel diván que se ha descrito, Cipriano púsose a considerar la escena “misteriosa” a que acababa de asistir y en la que tan importante papel le había correspondido.

Se necesitaba un candor más que columbino (¡de dónde habrán sacado que las palomas son candorosas!) para imaginar a un espíritu, blanco o negro, ayudando a un hombre del siglo XX a obtener el amor de una muchacha.

Y, sin embargo, en el supuesto de que hubiese espíritus, es decir, inteligencias invisibles, superiores a la nuestra (ya que, bien mirado, en el universo todo es espiritual), ¿por qué no habrían de atender a nuestra súplica?

¿No escuchamos, por ventura, nosotros los ruegos de los humildes, de los pequeño? ¿No hacemos por ellos cosas que ellos no pueden hacer? Cuando un niño querido nos pide un juguete que él no puede adquirir por sus propios medios, ¿no se lo damos? Cuando un amigo, menos experto que nosotros, nos ruega que le resolvamos un problema que le tortura, ¿no le resolvemos? Pues sí nosotros, que somos malos, egoístas y, lo que es peor, seres desvalidos, hacemos estas cosas por nuestros hermanos más desvalidos aún, ¿por qué una inteligencia superior no había de ayudarnos?

Una inteligencia superior debe forzosamente estar unida a una bondad superior — seguía pensando Cipriano—. Se concibe apenas, y cuan dolorosamente, un hombre de gran inteligencia, malévolos. Esta malevolencia implica una contradicción. Porque, en suma, la maldad no es algo positivo; es, simplemente, algo defectivo, si puede uno expresarse así. Se es malo con relación a un ideal de perfección no alcanzado aún.

Lo que en un salvaje puede ya considerarse como una virtud, en un hombre culto puede ser un defecto. No hay maldad absoluta en el universo; no hay siquiera maldad; hay sólo “grados de bondad”, y un grado de bondad puede ser maldad con relación a otro grado de bondad muy superior. Un hombre muy bueno resultaría opaco, imperfecto, ante la bondad maravillosa de San Francisco de Asís, como la nieve de las calles resultaría opaca y oscura ante la nieve de la montaña.

Tenemos, pues, que convenir —concluía Cipriano— en que, si hay inteligencias superiores a las nuestras, deben ser más buenas que nosotros; y si son más buenas, cuando las invoquemos con insistencia, con fervor, nos ayudarán seguramente.

—¿Pero hay seres invisibles superiores a nosotros? —se preguntó el pintor, a tiempo que encendía un pitillo.

Y al ver cómo el humo azulino, algo evidentemente real, resultado de la combustión lenta del tabaco, se iba sutilizando, sutilizando hasta “desaparecer” en el ambiente de la habitación, no obstante que, “de seguro”, con toda evidencia, seguía subsistiendo, estaba allí, Cipriano respondió afirmativamente a su propia pregunta:

—¡De fijo que hay seres invisibles!

Y recordó aquel lance acaecido a Víctor Hugo, quien en la playa, en Guernesey, la isla de su destierro, metió la mano en un barreño donde había clarísima agua de mar, y sintió que le hacían mal en la diestra: una anémona cristalina “invisible” se había ensañado en su epidermis.

El poeta tomó pie de allí para elocuentes y profundas

—Pues qué —continuaba Cipriano, siguiendo su divagación—, ¿no está hecha en suma, la materia de cosas invisibles? La resistencia que opone a nuestro tacto, ¿no proviene únicamente acaso de la velocidad de sus moléculas?

Después de leer a los físicos modernos, de recapacitar en sus teorías sobre el éter, ¿no se cae, por ventura, en la cuenta de que lo que llamamos materia es justamente lo más inmaterial del mundo? ¿No se llega acaso a la conclusión de que los cuerpos sólidos son en realidad verdaderos huecos en esa sustancia imponderable, cuya rigidez ha de ser por fuerza superior a todo lo que conocemos, y que, sin embargo, no opone resistencia apreciable a la dilatación de los leves gases que forman las colas de los cometas, ni estorba para nada el majestuoso girar de los orbes?

—¡Todo es invisible! —afirmó Cipriano—. El agregado de innúmeras cosas invisibles, de vidas sin límite, forma lo visible, o mejor dicho, la visibilidad no es más que la reacción de nuestros sentidos ante una forma determinada de la energía.

No, no hay materia; no hay más que vidas. Al conjunto de estas vidas, que el más potente microscopio no alcanza a aislar y diferenciar, le llamamos materia. No nos movemos, no comemos, no bebemos sin que se transformen millares de estas vidas. Nuestro yo va a través de ellas como una flecha a través de un colosal enjambre de abejas. ..

¿Quién puede sorprenderse de estas dos palabras: “inteligencias invisibles”, si cae ingenuamente en la cuenta de que no existen inteligencias visibles, de que las nuestras son tan invisibles como los espíritus más invisibles aún, porque éstos están desnudos, y nosotros vestidos de la ilusión de la carne?

* * *

—Ahora bien —prosiguió Cipriano—; si una “mónada”, una inteligencia invisible, invocada por nosotros, quiere ayudarnos, claro que no va para ello a trastornar el orden de la naturaleza. Esto sería estúpido.

Bástala con aprovechar hábilmente los elementos y fenómenos usuales.

Imaginemos que un ángel quiere socorrerme en momentos para mí difíciles. ¿Irá a fabricar monedas de oro, merced a maravillosa alquimia, cuando le es tan fácil mover a piedad el corazón de un amigo, provocar la simpatía de un rico en mi favor?

Hace dos horas yo, en un momento de anhelo vivísimo, pensé en implorar la ayuda de un ser superior. Ese ser superior me escuchó —imaginémoslo así— y quiso dispensarme esta ayuda solicitada. ¿Cómo? Pues sencillamente, haciendo que me escuchara un hombre que pasaba por la calle y que está acaso en condiciones de valerme... o bien sugiriendo a mi imaginación la escena puramente interior de ese hombre misterioso.. .

Pero...

Y aquí empezó a embrollarse la cabeza de Cipriano: ¿fue real o imaginario entonces aquel diálogo?

Si fue real, ¿cómo pudo la inteligencia invisible suscitar tan pronto la presencia del protector? Si fue imaginario, ¿cómo iba a producirse la ayuda?

¿Se trataba simplemente de un desocupado que había querido burlarse de Cipriano?

Este, ante tal idea, comenzó a indignarse, y enseñó sus puños a la sombra. (¿Son por ventura más motivados otros accesos de ira que nos alteran la digestión y a veces nos enferman gravemente? ¿No es, por desgracia, exacto que vivimos en un perpetuo duelo con enjambres de fan-

—¡Pues de mí no se ha de burlar impunemente!

En aquel instante llamaron a su estudio.

El corazón de Cipriano se encogió de pánico...

Pero una voz juvenil se alzó del otro lado de la puerta.

—¿Estás solo? (¡qué solo iba a estar el infeliz: estaba rodeado de fantasmas!) Son ya las ocho. ¿Vienes a comer?

Era uno de sus amigos y compañeros: Valentín.

—¿Con quién hablabas ahora mismo? —le preguntó mirando con extrañeza el estudio vacío—. ¿A quién amenazabas?

—A un espíritu, o a un hombre —respondió Cipriano—; no lo sé a punto fijo.

Y, cogiendo del brazo a su amigo, fuese con él al restaurant, narrándole por el camino la pequeña historia.

IV

Durante tres días nada nuevo sobrevino.

Urquijo paseó vanamente por el boulevard Malesherbes.

El diablo no apareció. En el piso de Laura (que era el segundo izquierda, conforme lo reveló, al fin, la portera, alternativas de luz y de sombra en las piezas que daban a la calle, y alguna vez, la vaga apariencia de una silueta.

Cierto recato inexplicable impidió a Cipriano pedir en la portería datos más amplios que calmasen su ansiedad.

Un sentimiento confuso le aconsejaba esperar, no obstante la congoja y el desabrimiento de su espíritu-Entretanto, su vida se transformaba: el antiguo pausado ritmo era hoy un perenne temblor, una ansiedad nerviosa que redoblaba los latidos de la entraña.

Cipriano recordaba la frase de Alighieri, leída recientemente en la *Vita Nuova*: “He aquí que viene un Dios más fuerte que yo, el cual me dominará...”

La primera aparición suprema de la existencia, el amor (la segunda es la muerte), llegaba; llegaba imprevista, como el señor del evangelio, la hora de cuya venida ignoramos: *Vigilate, quia nescitis qua hora Dominus venturus sit.*

Cipriano comprobaba y conformaba la tremenda significación, el esencial sentido que encierra la más vulgar de las frases: “está enamorado”, la cual tiene para cada alma una formidable elocuencia nueva.

Cipriano amaba... En su corazón desde aquel instante se asentaba el rey de los reyes del mundo. Que su amor fuese feliz o desgraciado, riente o trágico, turbulento o manso, él sabía por intuición poderosa que aquel monarca nuevo ya no dejaría de reinar en su vida; porque, como dice el malogrado poeta inglés Dowson, “vencido, frustrado y solitario, no comprendido, sin corona, ¿es por eso el amor menos rey? *Is love less king?*”

Amaba, y no era amado; pero, en suma, amar ¿no es, por ventura, una gran alegría, una “dolorosa alegría?” *Jucundissimum est in rebus humanis amari sed non minus amare*, como dice Plinio en su panegírico del emperador Trajano.

“Amar —afirma Víctor Hugo— es tener en la mano un hilo para todos los dédalos...”

Por lo pronto, Cipriano estaba metido en el dédalo; ¡pero el hilo no le tenía! ¡El hilo de oro quizá le tendría ella, Laura!

* * *

¡Estaba enamorado! Es decir, había ya en el mundo un ser que adquiriría definitivamente sobre él el derecho de vida o muerte.

Sólo aquellos a quienes amamos tienen el poder de atormentarnos, y hemos de seguirles amando aunque nos atormenten, sin preguntar ya si son malos o buenos:

*I ask not, I care not
If guilt's in thy heart;
I know that I love thee
Whatever thou art!*

SHAKESPEARE, *Cymbeline*, III, 5.

(Y perdónale, lector, a Cipriano, esta erudicioncilla amorosa...)

Un alma serena puede pasar por la vida insensible a los fantasmas de la Selva oscura. Abroquelada de fe, con la espada flamígera de su voluntad, se abrirá un camino entre los mil espectros del miedo, de la imaginación. Ninguno tendrá el poder de conturbarla.

Pero que ame a una criatura, y Dios (¿tal vez celoso de que aquella alma ya no sea toda suya?) conferirá a la criatura amada un poder formidable: el poder de hacer sufrir.

Aquella criatura podrá, en lo sucesivo, llevar al alma esclava adonde quisiere, “con sólo un cabello de su cabeza”.

¡He aquí que viene un Dios más fuerte que yo, el cual me dominará!

* * *

Al cuarto día de la nerviosa espera, Cipriano de Urquijo se encontró en la portería de su casa un gran sobre, escrito en esa letra larga *summum* del esnobismo, que tanto se usó antes de la guerra. (Entiendo que, cuando vuelvan de las trincheras definitivamente los peludos, hoy rasurados, y el gran conflicto actual con su formidable ímpetu de modificación haya transformado todas las cosas, ni siquiera ese esnobismo quedará; hasta la caligrafía será sincera.)

La penetración del lector habrá adivinado que Cipriano —conforme a la frase hecha de rigor— “abrió el pliego con mano temblorosa”.

Dentro del sobre había dos tarjetones, uno mayor que el otro; los dos muy elegantes.

El mayor estaba impreso, salvo el nombre del agraciado, al calce, y decía (en francés):

“La señora Dupont se quedará en casa la tarde del miércoles tantos de tantos, de cinco a ocho.

Y abajo, la dirección y el nombre del invitado: “Señor don Cipriano de Urquijo, etcétera, etcétera.”

El tarjetón menor decía: “El Diablo tiene el gusto de enviar a su protegido, el señor don Cipriano de Urquijo, la adjunta invitación, encareciéndole que al llegar a casa de madame Dupont (quien ya está prevenida) se presente a esta señora, diciéndola su nombre. *Lo demás corre de cuenta de ella.*”

* * *

No analicemos las emociones de Cipriano. Nosotros, lector, no somos psicólogos, como M. Paul Bourget, por ejemplo (autor de tanta anatomía espiritual y moral, desde sus primeros ensayos hasta su novísimo *Sens de la mort*). Por no ser psicólogos, resultamos de una ingenuidad de agua de montaña, que es el agua más ingenua de todas, porque está hecha de nieve pura, caída directamente del cielo, y aún no se ha enfangado en los declives y torrenteras de la serranía.

La ciencia del alma la adivinamos, la presentimos, como Fernández y González presentía la historia...

Sólo sí diremos, conforme a otra sobada frase hecha, que “las más encontradas emociones” luchaban en el corazón de Cipriano, y añadiremos que las interrogaciones más contradictorias abrían y cerraban sus encorvados signos de todos colores en su cerebro.

¿Quién era, pues, aquel hombre que hacía de diablo?

¿Por qué le protegía?

¿Qué iba a pasar en casa de la señora Dupont?

¿Qué era “lo demás que corría de cuenta” de esta

Y, sobre todas estas interrogaciones, se erguían como dos columnas de Hércules (la segunda invertida) dos signos de admiración: ¡...!

¡Iba a ver a Laura, sin duda!

¡Estrecharía la mano de Laura!

¡Oiría la voz de Laura!

¡Se posarían en sus ojos los divinos ojos de Laura, aquellas dos luminosas y pensativas violetas dobles!

¡Oh, Petrarca, sólo tú (pues que amaste a la primera encarnación de Mlle. Laura Constantin) puedes poner un comentario a estas exclamaciones!

¡Pónselo, Petrarca!

*Era 'l giorno che al sol si scoloraro
Per la pietà del suo Fattore i rai,
Quand' l'fui preso. E non me ne guardai,
Che i be' vostri occhi Donna, mi legaro.*

V

Cipriano, vestido con la pulcritud y ortodoxia propias de un hombre que va a ver a Laura (¡a ver a Laura! } y que, a pesar de su modestia, tiene los trajes necesarios, presentóse a las cinco en punto de la tarde *chez Madame Dupont*.

La dueña de la casa, apetitosa jamona de un agradable moreno mate y de profundos ojos oscuros, ítem más con un suave bozo en el labio (lector: a Cipriano de Urquijo no le gustan las mujeres con bozo. ¿Y a ti?); la dueña de la casa, digo, en cuanto se presentó a ella el joven pintor acogiéndole, como llovido del cielo, con la más hospitalaria de sus sonrisas:

—Ah! *C'est vous M. de Urquijo* —Madame Dupont pronunció la jota de Urquijo, esa nuestra áspera letra felina, con peculiar acento, y dándole el sonido francés, naturalmente—
; *soyez le bienvenu M. de Urquijo!*

Y en tono confidencial (el autor seguirá traduciendo casi siempre al español los diálogos, para comodidad del lector... y de los linotipistas), añadió:

—Me ha sido usted calurosamente recomendado por un amigo a quien deseo muchísimo complacer...

—¿Por el diablo? —se atrevió a insinuar Cipriano (y con supino candor dejó advertir una gran emoción en la voz).

¡Bueno! Por el diablo, si a usted le parece —contestó ella con una sonora risa—. Y tengo la delicada misión de presentarle a la muchacha más encantadora que hay en París.

—¿Está aquí ya...? —y el “ya” se ahogó en la garganta del pintor.

—Aquí está... Procure usted hacer acopio de valor (*prenez votre courage a deux mains!*), y vamos a saludarla.

Y, sin darle tiempo para más, la señora Dupont, tomándole de la mano, atravesó la sala en que estaban, franqueó una puerta, llegó a un salón donde había numerosos grupos de invitados, algunos alrededor ya de las inevitables mesitas de *bridge*, y se dirigió a un rincón, cerca de una ventana, donde conversaban en un diván dos señoritas, rubias las dos, bellas las dos, elegantes las dos; pero una de ellas más rubia, más bella, más elegante.

¿No era ésta, por ventura, la señorita Laura?

Sí; por ventura, por indecible ventura, la señorita Laura era...

Lector: aprovéchate de la ocasión para contemplarla a tu sabor y talante; mira ese campo de nieve de su frente, bajo el cual se abren las dos misteriosas violetas dobles de sus ojos. Admira, lector, con toda tu admiración, otra flor doble que parece arrancada de una florida reja de Sevilla: el clavel estupendo de su boca.

¿Ves, lector, ese cuello que parece robado al propio cisne de Leda? ¿Ese cuello, no de pluma, pero sí de porcelana, y no de porcelana dura y fría, sino tibia y blanda... y olorosa?

No dejes, lector, pasar inadvertida, te lo ruego, la corona de cabellos de seda maravillosa, de oro tenue y ensortijado, que parece una transfiguración sobre la frente de la señorita Laura.

Y, por último, recuerda una de las estatuas clásicas que más te hayan embelesado, con aquella vestidura inmortal de graciosos pliegues eternos, y dime si la señorita Laura está, con su armonioso traje blanco, menos bien vestida que ella...

—Mi querida amiga —dijo la señora Dupont—, tengo el gusto de presentarla un joven pintor: Cipriano de Urquijo, una de las más ciertas glorias futuras del arte. El señor Urquijo tiene el porvenir en su bolsillo (*il a l'avenir dans sa poche...*)² ¿Sabe usted lo que desea? Pues desea nada menos que hacer el retrato de usted, porque admira profundamente, desde hace tiempo (en discretísimo silencio, eso sí), su delicada belleza...

² Manera familiar y pintoresca de expresarse de la señor Dupont, que tú, lector, no criticarás.

El joven pintor, mientras duraba este pequeño discurso, poníase de todos colores. .. ¿Cómo la luminosa cuanto sencilla idea de pintar el retrato de Laura no se le había ocurrido? ¡Obtusa imaginación la suya!

En tanto, ella, Laura, le miraba; le miraba abriendo inmensamente aquellas violetas dobles de sus ojos.

Le tendió la mano: ¡qué mano, lector; qué larga mano, modelada de un modo insuperable! ¡Qué tibia suave mano! Dicen que se necesitan “seis generaciones para hacer una mano de duquesa”. Para aquella mano se habían necesitado por lo menos diez.

¡Por qué soltarla ya nunca más! ¡Por qué no tenerla eternamente en la diestra estrechándola con blandura de-

Y que pasase la sombra de este universo y de todos los universos posibles; y que los soles, ya marchitos y apagados, cayesen lentamente en el abismo del Todo, como lágrimas negras del dolor vencido; y que Cipriano fuese la conciencia única del Cosmos; y que las tinieblas primordiales volviesen a invadir la creación... Pero que aquella mano, el litio sagrado de aquella mano, siguiese posándose en la diestra de Urquijo, por los siglos de los siglos, amén.

* * *

Fue preciso, sin embargo, soltarla. Fue preciso, asimismo, decir algo, un lugar común, una tontería.. ¿Qué tontería dijo Cipriano? ¡Ah! Ya recuerdo: el infeliz dijo; “A los pies de usted, señorita.”

Perdónale, lector. Tú no sabes lo que es estar delante de Laura; a ti, pobrecillo, no te han mirado las dos violetas dobles de los ojos de Laura.

Ella sonrió. A las mujeres, por inocentes que sean, les encanta la turbación de un hombre, sobre todo si creen que ese hombre es inteligente. ¡Qué homenaje más deli cado puede rendírseles! Con una mujer bella y discreta, un hombre (con tal que tenga patente de agudo e ingenioso) puede hacer el tonto con fruto. Ahora, que ello es peligrosillo, por algo análogo a lo que dice la kábala: “Ten cuidado, que jugando uno al fantasma se vuelve fantasma!”

Ella sonrió, pues. ¡Qué sonrisa lector! Como si se hubiese abierto aquel clavel sevillano de que hablábamos y dejase ver en su cáliz una sarta de granizos; o como si dentro de un estuche de coral apareciesen, enfiladas, dos hileras de perlas (quizá la imagen no sea nueva, lector; pero ¿dónde ir a buscar en estos momentos una imagen acabadita de hacer, si al propio Salomón, hace miles de años ya, todas le hubieran parecido viejas?). La voz de la señora Dupont se oyó de nuevo:

—¿Dónde está su mamá, querida mía? ¡Ah, ya la veo allí! Voy a pedirle permiso para que el señor Urquijo haga a usted su retrato... *(pausa.)* ¡Madame Constantin! ¡Madame Constarían! *(La interpelada se dirigió al grupo.)* Aquí tiene usted al joven y admirable pintor Cipriano de Urquijo, por quien me intereso mucho... *(pausa.)* Desea hacer un retrato de Laura. Sin duda, será una maravilla... *(pausa.)* ¿Quiere usted ponerse de acuerdo con él para las sesiones?... Podría empezar mañana mismo. ¿Qué le parece?

La señora Constantin pensó primero en rehusar; mas la señora Dupont no la dejó tiempo para ello. Otro pequeño pero elocuente discurso siguió al anterior, y como complemento, la consabida pregunta: ¿Podría empezar

—Más bien pasado mañana —insinuó la señora Constantin—, porque desearía consultarlo con mi marido, y... esta noche no lo veré. Va a una solemnidad académica.

—Pues pasado mañana —concluyó con firmeza la señora Dupont—. Ya lo sabe usted, Urquijo; ya lo sabe usted, Laura. Pasado mañana... a las once, ¿no es esto?, a las once. ¿Le conviene a usted la hora, señor pintor?

¡Claro que al señor pintor le convenía!

—¿Y a usted, madame Constantin? —Sí..., está bien.

—¿Y a usted, Laura? Vamos, ¿qué dice usted?...

—Si conviene a mamá..., yo no tengo reparo que oponer...

—Pues asunto concluido: a las once. Aseguro a usted, y madame Constantin, que este joven artista empleará en su obra todas sus potencias y sentidos. ¿Verdad, señor de Urquijo?

Cipriano salió de su éxtasis, de aquel éxtasis en que sólo veía dos violetas dobles, luminosamente pensativas, y respondió:

—Se lo aseguro a usted, señora Constantin. ¡El retrato de la señorita Laura será la obra por excelencia de mi vida!

Las dos violetas dobles, al sonar estas palabras, volviéronse aún más esplendorosas.

Una sonrisa dio claridad de amanecer a aquel rostro incomparable.

Cipriano perdió de nuevo la noción de su yo..., ¡de todo!

Flotaba en un océano de amatista.

No volvió en sí hasta que los últimos invitados se despidieron, y madame Dupont, acercándose a la chimenea en que se apoyaba el joven, diole una afectuosa palmadita en el hombro, y entre burlona y tierna, díjole:

—¡Despierte usted, hombre!... Conque *au revoir, n'est-ce pas?* A las once, pasado mañana. Yo iré por ellas a su casa, para que no falten. *Au Revoir!*

* * *

¿A qué hora volvió Cipriano al taller? ¿Por qué calles volvió?

¡Oh amor, sólo tú lo sabes!

VI

Lector, fíjate bien: hace ya quince días que la señorita Laura Constantin, hija del señor Víctor Anatolio Constantin, del Instituto, acompañada de su muy estimable madre, y algunas veces de madame Dupont, va a las once de la mañana al taller del pintor.

En estos quince días, Cipriano, que era un artista de primera fuerza, no manifestado aún, que sin haberse aún percatado de ello, poseía un exquisito temperamento, se ha descubierto, en primer lugar, a sí mismo, como acaba por descubrirse, merced a un relámpago interior, todo talento en germen, antes de mostrarse en su plenitud a los demás.

El amor le ha revelado la fuerza que poseía, le ha hecho ver aquello de que era capaz, ha alumbrado su potencialidad escondida con luz súbita de reflector (diremos la palabra para meternos dentro de la actualidad en asuntos de luces); ha cambiado su desánimo en entusias-

Monsieur de Jourdain hablaba en prosa sin saberlo. “Monsieur” de Urquijo era, sin saberlo, un gran pintor “en ciernes”... (como dice el ilustre Rodríguez Marín y afirma el maestro Cavia que debe decirse cuando se trata de una cosa o persona).

Cuando lo supo, una gran fe empezó a florecer en su espíritu.

La fe aumentaba la fuerza, y la fuerza acrecentaba la fe.

Los compañeros que iban a ver el retrato quedábanse admirados.

La verdad es que casi ninguno de ellos había creído en el talento de Cipriano. (Hay que advertir que tampoco en el talento de los otros camaradas, limitándose cada uno a creer en el talento propio y a despreciar a los demás, como es de rigor, en el sigilo de su corazón.)

Voló de boca en boca por Montparnasse la fama del joven artista hispanoamericano, y no hubo pintor del barrio que no acudiese a la *rue Campagne Prendere*.

En cuanto a madame Constantin y a su hija, estaban encantadas. Monsieur Víctor Anatole Constantin, del Instituto, no tuvo más remedio que ir un día al taller. Encontró el retrato *d'une ressemblance frappante*; se entusiasmó; rectificó su juicio acerca de los extranjeros en general y de los artistas hispanoamericanos en particular, y acabó por invitar a comer a Cipriano.

Durante los quince días aquellos el joven había trabajado en éxtasis, como Fra Angélico.

Su subconsciente —que, como sabemos, es el que trabaja en realidad, no sólo en los artistas y los poetas, sino aun en los hombres de ciencia; testigos: Condorcet, Franklin, Condillae, Arago, Maignan, Bardach, etcétera—, su subconsciente estaba pintando el retrato. El no hacía más que mover, como en estado de sonambulismo, los pinceles; mezclar los colores, arreglando todo lo relativo a la “cocina” y mirar, eso sí, mirar sin descanso a la mujer amada.

La comida a que le invitó el padre de Laura fue el colmo y remate de aquel supremo éxtasis de dos semanas.

¡La cara que puso la portera cuando le vio entrar, erguido, altivo, y subir majestuosamente, dándose “postín”, la escalera, hasta el segundo izquierda!...

Ya no más, en las tardes nebulosas, se helaría los pies en las húmedas aceras del boulevard, mirando si tras de los visillos de una ventana se encendía una luz o se adivinaba una silueta.

Ya no más, como el gran lírico alemán, se preguntaría si era el viento el que agitaba las cortinas, o la mano de su adorada.

¡Con qué dulce familiaridad le recibieron! ¡Con qué amistoso impulso le tendió ella — ¡ELLA!— la mano, el lirio impoluto de su mano! Monsieur Constantin no llegaba aún. Madame Constantin fue a dar algunas órdenes y les dejó solos un momento..., creo que cinco minutos.

—¡Qué poco! —dirás, ¡oh descontentadizo lector! Pero es que tú no sabes lo que son cinco minutos.

Cinco minutos pueden engendrar sinnúmero de posibilidades; en cinco minutos hay tiempo para el mayor crimen o para el mayor heroísmo. Si quieres, lector, saber lo que son cinco minutos, oye esta historia. Un reo comparece ante el tribunal del pueblo. El defensor prueba hasta la evidencia, echando mano de testimonios y documentos, que el reo (acusado de robo con fractura y asesinato) no había podido cometer aquellos delitos, por la sencilla razón de que cinco minutos antes y cinco minutos después de perpetrado se le había visto fuera de la escena del crimen. Esto era casi probar la coartada.

—En cinco minutos, señores —concluía el defensor—, es imposible saltar las tapias de un jardín, romper un vidrio, abrir la vidriera, entrar, matar al dueño de la casa, llevarse los valores forzando un mueble, y escapar de nuevo, escalando la tapia...

El jurado se impresionó; el reo hubiera sido absuelto. Pero el agente del ministerio público solicitó del juez que, antes que los jurados deliberasen, los asistentes permanecieran en silencio *durante cinco minutos*, a fin de que todo el mundo se diese cuenta de lo que estos cinco minutos significaban.

El juez accedió, y, mientras oscilaba el gran péndulo de la sala, un silencio imponente permitía oír las respira-

¡Aquellos cinco minutos no acababan nunca! Los asistentes, al compás del reloj imaginaban, sin duda, diversas fases del delito, y encontraban que había habido sobradísimo tiempo para cometerlo.

Cuando hubieron pasado los interminables trescientos segundos, el fiscal dijo sencillamente: “Ahora señores jurados, ya sabéis lo que son cinco minutos...”

¡Y el reo fue sentenciado a cadena perpetua!

Y si, lector, dijeres ser comento...

* * *

Pero Cipriano de Urquijo no se parecía en nada (felizmente para él) al criminal del cuento. ¿Sabes tú, lector, lo que hizo en cinco minutos?

Pues mirar a la señorita Laura, sonreiría... y decirla una alabanza a propósito de su traje (gris topo con pequeños dibujos lila, que armonizaban con la blancura alpina y el matiz misterioso y profundo de las dos violetas dobles de sus ojos).

En éstas, llegó M. Constantin (saludos, amabilidades, simpático). Pasaron al comedor: un comerdorcito íntimo, simpárico, ultracordial.

Sentaron al pintor al lado de Laura...

¡Al lado de Laura!

Lector: no se te ocurra preguntar a Cipriano por el menú o lista de los platos.

Cipriano jamás ha sabido lo que comió aquella noche...

VII

¿Y el diablo?

¿Qué había sido del diablo? ¿Qué había pasado con el diablo?

Quizá, amigo mío, has juzgado a Cipriano un ingrato, y lo has absuelto en tu fuero interno, pensando que, en suma, al diablo no se le debe ninguna gratitud.

Yerras, amigo mío: la gratitud se la debemos a todo el que nos ha hecho bien.

Un hombre justo, ni al diablo le niega lo que le es

¿Te imaginas a Sócrates, por ejemplo, desagradecido con su “demonio”?

Ya, ya sé lo que vas a contestarme: que el demonio de Sócrates, el *Daimon*, mejor dicho, no era un diablo.

“Era —dice Platón— cierta voz divina que se dejaba oír en él, que le detenía en alguna de sus empresas y que jamás le impulsaba a ninguna.”

Jenofonte cuenta en su libro de la muerte de Sócrates, que este filósofo dijo después de su condenación:

“Ciertamente, ya había yo preparado dos veces una defensa de mi inocencia: pero mi demonio me lo impide y me contradice”

Esta actitud inhibitoria sugerida por el Espíritu, llevó, pues, a Sócrates a la muerte. Sin embargo, él la agradeció encontrando que la muerte era un bien: el remedio único contra “la enfermedad” de la vida... (“¡No olvidéis de sacrificar un gallo a Esculapio!”)

—¡Ah! —objetaréis aún—; pero si un *daimon* puede hacer bien, un diablo no creemos que lo haga.

Opino como vosotros: teóricamente, un diablo no debe ocuparse más que de hacernos mal; pero si, por un imposible, nos hiciese un bien, ¿no le deberíamos gratitud?

Había un santo varón, que no sólo le hacía al diablo la justicia de pensnr que sin él no habría sido posible la culpa y, por tanto, no habría habido Redención (*felix culpa*, canta la Iglesia), sino que oraba todas las noches porque Dios perdonase a Satán (lo cual, en suma, acabará por suceder, según Orígenes... ¡supuesto que el diablo se arrepienta!)

Un día vínole cierto escrúpulo, y contó a su confesor

El confesor, fraile severo, de manga estrecha, amonestóle con acritud, diciéndole que era un pecado orar por el diablo.

Volvió el santo hombre a su celda lleno de tribulación; pero se consoló pronto y se sintió confortado al advertir una sonrisa —una celeste sonrisa de indulgencia— en la faz de su crucifijo. (“Bienaventurados los simples de corarán...”)

Cipriano, pues, no era ingrato, no; pensaba en su diablo con frecuencia.

Aquel buen señor, que bajo las especies de Mefistu le estaba ayudando de una manera tan hábil, tan discreta,

Hubiera querido verle, hablarle: pero cierto día en que fue a visitar a madame Dupont con el exclusivo fin de preguntarla “las señas del diablo”, ella se echó a reír con la sonora risa que ya hemos oído.

—Sin embargo —dijo Cipriano, picado en su amor propio—, ¿no fue por insinuación suya por lo que usted me invitó aquella tarde?

—Ciertamente; pero usted comprende que, a pesar del frío que hace, yo no voy a tener corazón de enviarle a usted al infierno para que busque a su protector...

Vamos, no se ría usted de mí. ¿Dónde vive ese señor?

Ese señor, amigo mío, es un verdadero diablo, y mientras no quiera revelarle directamente, o por mi conducto, el sitio donde usted pueda verle, yo nada diré.

VIII

En éstas, llegaron los días del Salón.

El retrato estaba concluido.

“Era maravilloso”, según decían los más entusiastas; “estaba bien”, según decían los menos; *pos mal du tout*, en concepto de los maestros franceses.

Procedimiento propio, dominio absoluto de la técnica, un sello característico, muy marcado: elegancia, mucha elegancia; en suma, *algo nuevo bajo el sol...* dentro de lo relativo de toda novedad.

Laura no cabía en sí de contentamiento; madame Constantin había llevado a todas sus amistades al modesto estudio de Cipriano (quien hubo de pedir prestadas a sus compañeros algunas sillas); M. Víctor Anatolio Constantin, del Instituto, invitó, por su parte, a varios de sus colegas.

Para que todo fuera completo, hasta el diablo, aquel escondido diablo benefactor, dio oportunas señales de vida. Una tarjeta, llegada por el correo, decía:

“El Diablo supone que el señor don Cipriano de Urquijo enviará al Salón, naturalmente, el retrato de la señorita Laura. El jurado de admisión dará, sin duda, a esta obra de arte un lugar preferentísimo.”

...Y así fue.

En el *vemissage*, cuantos artistas hispanoamericanos viven en Montparnasse, lo mismo los portentosos cubistas discípulos de Picasso, que los herméticos órficos u orfistas; así los anglopersas, como los whist le ríanos; tanto los futuristas, como los dinamistas y los estatistas; los prerrafaelistas-rossettianos, del propio modo que los pre-rrafaelistas a secas; los zuloaguistas, los angladistas, los romeristas y los zubiurreños; los inefables *hieráticos* y los más inefables *transformistas* (llamados así porque a diario cambian de procedimiento, de estilo, de carácter —según la influencia— y van buscando toda la vida su ondulante yo, sin acertar a encontrarlo jamás); todos éstos y otros, que no menciono por respeto a la paciencia del lector, pudieron ver con envidia, con aprobación o con indiferencia, el retrato pintado por Cipriano, en uno de los más visibles testers de una de las más visibles salas. Como extranjero, Cipriano de Urquijo no tenía derecho a medalla ninguna. Pero la gloria, en cambio, hizo sonar para él todas sus trompetas y sus címbalos de oro.

Los periódicos le dedicaron frases cálidas. El ministro plenipotenciario de su república telegrafió al presidente, quien después de conferenciar con el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, hizo dirigir al funcionario diplomático el siguiente telegrama (que M. Víctor Anatolio Constantin leyó conmovido, con ayuda, naturalmente, de Cipriano, que se lo tradujo):

“Ministro de X. —París.

“Sírvese notificar Urquijo, Gobierno República, ufano su triunfo que honra país, otórgale desde próximo año fiscal pensión mensual de mil francos y viáticos para viaje a Roma.”

El plenipotenciario, en vista de esta *efectiva* consagración oficial, estimó que debía invitar a Cipriano a almorzar en la legación, y juzgó que era pertinente asimismo extender la invitación a la encantadora muchacha que había sido el *deus ex machina* de la obra, del triunfo... y de la sustanciosa pensión (la cual, lector, para su tranquilidad, por si te interesas por Cipriano, te diré, “adelantándome a los sucesos”, que le fue pagada por un año de una vez, con pasmo del pintor, que jamás había visto tanto dinero junto).

Como no era posible invitar sola a mademoiselle Laura, se extendió, por descontado, la invitación a sus padres.

Seis personas se sentaron a la mesa: el ministro y su esposa, M. Constantin y la suya, Cipriano y Laura, ¡a quienes colocaron juntos!

Tampoco en esta vez supo el pintor de qué se componía la lista. Le pareció vagamente que comía *tournedos* y que mondaba una mandarina...

* * *

Lector, son las tres de la tarde. Un delicioso rayo de sol primaveral baña de oro el balcón de piedra que se abre en una sala de la legación, y al cual, después del café, y mientras los viejos (que me perdonen este calificativo la esposa del ministro y madame Constantin...) saborean la *fine champagne*, se han asomado Cipriano y Laura.

Seré indiscreto, lector: La legación está en la Avenida Camoens, y el balcón mira al Sena. Casi enfrente se extiende el Campo de Marte: yergue allí su fantástico esqueleto de acero la torre Eiffel. A la izquierda, en el fondo, van recortándose en el ambiente las ennegrecidas arquitecturas de Notre Dame, del Panteón, de Val de Grâce, del Palacio de Justicia, de cuyos muros surge airoso, apuntando a una nube, la flecha de la Santa Capilla... Todo el sortilegio de París, lector.

Los árboles del Trocadero hace ya un mes que estrenaron vestido, su portentoso vestido de un verde diáfano.

París, una vez más, está en primavera, lector; y el Sena lo sabe: el Sena, que copia los árboles y parece besar los muelles con voluptuosidad de mujer.

Laura viste un traje claro. Todo en ella es claridad; su pelo dorado se enciende como una aureola de virgen. Las violetas dobles de sus ojos brillan más misteriosamente que nunca, como si en sus trémulos pétalos hubiese más rocío. Su piel sonrosada parece traslúcida, como si una suave lámpara luciese en su interior. Su cuello, lector, es más gallardo que la proa de una trirreme antigua. Las ánforas clásicas, al mirarlo, romperían de envidia sus asas armoniosas...

Cipriano ha cogido suavemente la diestra de Laura. Ha mirado los ojos de violeta con infinito amor.

Con voz insegura ha dicho:

—¡Laura..., soy muy feliz!

Laura ha contestado:

-*Et moi aussi!*

Sus manos se han estrechado blandamente, con una caricia casta y divina. Sus almas, por ministerio de sus ojos, han hecho un pacto para la vida, para todas las vidas posibles, ¡para la eternidad!

IX

Caía la tarde (creo que esta frase hecha es muy oportuna para empezar el postrero capítulo del presente no-velín); caía la tarde, o si te place, Fabio atardecía...

No temas, empero, que te describa el crepúsculo con su “orgía de colores”. Aquél no era un crepúsculo orgiástico; muy decentito, al contrario, muy modesto, muy sobrio, apenas con el intento de un rosa asalmonado.

En el boulevard Pereire todo era paz.

Una azulada niebla parecía inmaterializar las lontananza (esa azulada niebla de París, ya descrita, que Cipriano encuentra más bella que todas las opulencias solares, y que da un tono tan delicado a cuanto envuelve, como si fuera el propio tul, la propia tela divina del ensueño... *Such stuffas dreams are made of!*).

Un hombre joven, elegantemente vestido, llamaba a la verja de un pequeño “hotel”, rodeado de espesa verdura.

Su mano trémula hacía sonar el timbre con ligeras intermitencias.

Lector, no caviles más: aquel joven era Cipriano, que, por fin, gracias a madame Dupont, sabía la dirección del diablo e iba a darle, con efusión las gracias por el indeclinable bien recibido.

Un majestuoso criado de ébano, alto, esbelto, con todos los caracteres de la interesante raza etíope (y no con ese matiz repelente de betún desvaído, característico de los negros de los Estados Unidos), atravesó el jardín (no habría portero en aquella casa?) y abrió la verja.

A su interrogadora mirada, Cipriano, más tembloroso aún, dijo:

—Vengo a ver a *monsieur* (no se atrevió a decir al diablo).

El negro le hizo signo de que le siguiese; cerró la verja, subió una breve escalinata y entró en un vestíbulo oscuro, en el que se adivinaban armaduras y algunos bellos muebles de ébano.

—¿Su tarjeta? —dijo.

—Aquí está.

—Siéntese usted. Voy a anunciarle.

Y, entreabriendo como sigilosamente una gran puerta, desapareció.

Cipriano, durante los momentos que siguieron, pudo oír perfectamente los latidos de su corazón.

Un etíope... Armaduras damasquinadas... Muebles de ébano... Silencio absoluto.

La gran puerta volvió a abrirse.

—Pase usted —dijo el negro.

Atravesaron un vasto salón penumbroso, cubierto de tapicerías, cuyos asuntos se adivinaban apenas, y severamente amueblado de taburetes y asientos corridos, de ébano también y damasco rojo.

Se abrió otra puerta.

Daba acceso a una enorme biblioteca... de ébano asimismo, del más hermoso estilo Luis XIII, con admirables columnas estriadas, de floridos capiteles, con nichos, en los cuales se inmovilizaban estatuas clásicas de bronce, en actitud serena; con amplias ventanas por

donde entraba, a través de las vidrieras de colores, la luz “mística” del atardecer, que venía de un patio contiguo, en el que triunfaba la verdura nueva de las acacias y los castaños.

La biblioteca era todavía más misteriosa, más recogida que las otras salas.

Cipriano se detuvo indeciso.

El negro había desaparecido.

A medida que los ojos del pintor iban acostumbrándose a la penumbra, apreciaba detalles de la suntuosa severidad de aquella gran sala llena de libros.

Pero había recodos de sombra que escapaban a su agudeza visual.

De uno de ellos surgió una voz conocida: *aquella voz de aquella noche*, en el boulevard Malesherbes.

—Bien venido, amigo mío.

Y una forma oscura avanzó hacia él.

Cipriano se sobresaltó... un momento, un momento nada más. Su voluntad dominó en seguida el miedo pueril.

El “diablo” sonreía con la más acogedora sonrisa y le tendía la mano, blanca, aristocrática, perfectamente cuidada y sin vello ninguno bestial... (Todo evoluciona, lector; el diablo usa depilatorios y tiene manicuros.)

Cuando se hubo repuesto de su emoción, el pintor (sentado ya al lado de aquel hombre simpático, de aspecto afable, aunque con no sé qué rasgo de misterio en la profunda palidez de las facciones) desbordó su incontenible gratitud.

—¡Usted no sabe —le dijo— lo feliz que soy! A usted se lo debo todo: la revelación de mi talento, en el cual no creía; el amor de una mujer infinitamente adorable; los medios materiales para cultivar esa “Ars longa”, en la que quiero firmemente emplear mi “Vida breve”, para llegar a las grandes excelencias; la seguridad, en fin, de un porvenir luminoso; ¡todo, todo!... Yo no sé quién es usted; ¡pero un espíritu poderoso y bueno no habría hecho más por mí!

Y, cogiéndole una mano, una de aquellas aristocráticas manos, se la besó con amor, antes que el diablo pudiese impedirlo.

—Amigo mío —respondió éste—, el verdadero autor de todos los bienes que menciona es usted; es su voluntad, hada milagrosa que duerme en tantas almas, y que en algunas no despierta jamás... Yo no hice otra cosa que azugarla con la espuela del amor. Ella sola recorrió el camino.

—Pero ¿quién es usted y qué razones ha tenido para protegerme? ¡Dígamelo, se lo ruego!

—¿Y por qué no seguir imaginando que soy el diablo, un buen diablo, si a usted le parece? Hasta el diablo, amigo mío, sirve los designios de la Providencia (de la cual dudaba usted, por cierto...), de una Providencia escondida que vela por nosotros... ¿Qué quiere usted que le revele? ¿Un nombre y un apellido comunes y corrientes? ¿El cómo la casualidad hizo a un hombre rico y aburrido tropezar con un artista que habla solo (mala costumbre, amigo mío) entre la neblina de un boulevard? ¿Una recomendación a tal o cual buena señora amiga mía y de la familia Constantin, para que los pusiese a ustedes en relaciones?... ¡Todo eso sería demasiado trivial! Procure usted creer que soy un espíritu, lo cual tendrá cierto encanto... ¡un *diablo desinteresado*, que pudo hacerle un beneficio y está satisfecho! Por lo demás —añadió levantándose para dar por terminada la entrevista y tendiendo con un movimiento lleno de gracia y de cordialidad la mano al pintor—, todos somos espíritus; no somos más que espíritus, que se mueven en un plano de ilusión. Usted es un espíritu azul (*L’art c’est l’azur...*); su rubia Laura, un espíritu “color de rosa”; mi criado negro, a pesar de su color, un espíritu “blanco” (por su primitiva candidez), y yo, un espíritu “gris”, acaso triste, que busca a Dios por el camino real de la caridad... Sí, amigo mío, todos somos espíritus y

tenemos todos algo de divino. Procuren usted y Laura hacerse dignos de esta divinidad que el Inefable les ha otorgado, y realicen durante su peregrinación por la existencia la mayor suma de amor, de belleza, de bien...

La novia de Corinto

Había en Grecia, en Corinto, cierta familia compuesta del padre, la madre y una hija de dieciocho años.

La hija murió. Pasaron los meses y habían transcurrido ya seis, cuando un mancebo, amigo de los padres, fue a habitar por breves días la casa de éstos.

Diósele una habitación relativamente separada de las otras, y cierta noche llamó con discreción a su puerta una joven de rara belleza.

El mancebo no la conocía; pero seducido por la hermosura de la doncella, se guardó muy bien de hacerle impertinentes preguntas.

Un amor delicioso nació de aquella primera entrevista, un amor en que el mancebo saboreaba no sé qué sensación extraña, de hondura, de misterio, mezclados con un poco de angustia...

La joven le ofreció la sortija que llevaba en uno de sus marfileños y largos dedos.

Él la correspondió con otra...

Muchas cosas ingenuas y suaves brotaron de los labios de los dos.

En la amada había un tenue resplandor de melancolía y una como seriedad prematura.

En sus ternuras ponía ella no sé qué de definitivo.

A veces parecía distraída, absorta, y de una frialdad repentina.

En sus facciones, aun con el amor, alternaban serenidades marmóreas.

Pasaron bastante tiempo juntos.

Ella consintió en compartir algunos manjares de que él gustaba.

Por fin se despidió, prometiendo volver la noche siguiente, y fuese con cierto ritmo lento y augusto en el

Pero alguien se había percatado, con infinito asombro, de su presencia en la habitación del huésped: este alguien era la nodriza de la joven; nodriza que hacía seis meses había ido a enterrarla en el cercano cementerio.

Conmovida hasta los huesos, echó a correr en busca de los padres y les reveló que su hija había vuelto a la vida.

—¡Yo la he visto! —exclamó.

Los padres de la muerta no quisieron dar crédito a la nodriza; mas para tranquilizar a la pobre vieja, la madre prometió acompañarla a fin de ver la aparición.

Sólo que aún no amanecía. El mancebo, a cuya puerta se asomaron de puntillas, parecía dormir.

Interrogado al día siguiente, confesó que, en efecto, había recibido la visita de una joven, y mostró el anillo que ella le había dado a cambio del suyo.

Este anillo fue reconocido por los padres. Era el mismo que la muerta se había llevado en su dedo glacial. Con él la habían enterrado hacía seis meses.

—Seguramente —dijeron— el cadáver de nuestra hija ha sido despojado por los ladrones.

Mas como ella había prometido volver a la siguiente noche, resolvieron aguardarla y presenciar la escena.

La joven volvió, en efecto... volvió con su extraño ambiente de enigma...

El padre y la madre fueron prevenidos secretamente, y al acudir reconocieron a su hija fenecida.

Ella, no obstante, permanecía fría ante sus caricias.

Más aún, les hizo reproches por haber ido a turbar su idilio.

—Me han sido concedidos —les dijo— tres días solamente para pasarlos con el joven extranjero, en esta casa donde nací... Ahora tendré que dirigirme al sitio que me está designado.

Dicho esto, cayó rígida, y su cuerpo quedó allí visible para todos.

Fue abierta la tumba de la doncella, y en medio del mayor desconcierto de los espíritus... se la encontró vacía de cadáver; sólo la sortija ofrecida al mancebo reposaba sobre el ataúd.

El cuerpo —dice la historia— fue trasladado como el de un vampiro, y enterrado fuera de los muros de la ciudad, con toda clase de ceremonias y sacrificios.

Esta narración es muy vieja y ha corrido de boca en boca entre gentes de las cuales ya no queda ni el polvo.

La señora Croide la recogió, como una florecita de misterio, en su libro *The Night Side of Nature*.

Confieso que a mí me deja un perfume de penetrante poesía en el alma.

Vampirismo... ¡no! Suprimamos esta palabra fúnebremente agresiva, e inclinémonos ante el arcano, ante lo incomprensible de una vida de doncella que no se sentía completa más allá de la tumba.

Pensemos con cierta íntima ternura en esa virgen que vino de las riberas astrales a buscar a un hombre elegido y a cambiar con él el anillo de bodas...

El héroe

Acababa de llegar aquella mañana a la línea de fuego.

Tenía el aspecto cansado; la fisonomía, grave y triste.

Aun cuando hablaba el francés sin acento, en su rostro, patinado por soles ardientes, traía el sello de su origen lejano.

Cuando el coronel pidió un hombre resuelto que se adelantara en pleno día hasta las trincheras enemigas y, por medio de un teléfono de campaña, le diese determinados informes (en aquel momento preciosos), él se ofreció, con cierta nerviosidad, antes que nadie.

Avanzó lentamente, reptando.

El llano interminable, escueto, glacial, sin accidentes, no ofrecía refugio ninguno.

Se concebía con pena que aquella desolación tan hosca escondiese en su seno más de dos millones de seres jóvenes, robustos; más de dos millones de vidas, de actividades, de anhelos, ahora ocupados únicamente en destruirse.

Después de un interminable arrastrarse, el hombre aquel llegó al fin a las alambradas del enemigo. Nadie lo había visto. La niebla lo ayudaba. Preparó el teléfono y púsose a comunicar sus observaciones.

Cumplida su misión, volvió hacia los suyos, con muchas menos preocupaciones, como si, hecho el deber, la vida no tuviese ya para di ninguna importancia.

Los alemanes lo habían visto y dispararon sobre él, inútilmente, muchas balas.

Sus compañeros lo felicitaron por el éxito pleno de la pequeña empresa.

Él fue a mecerse silenciosamente en su agujero.

Desde aquel día, en cuantas comisiones había peligro, él se ofrecía, taciturno, pero con no sé qué resolución premiosa.

Muchas veces se le hizo el honor de enviarle a sitios donde era temeridad permanecer cada segundo.

Pero la muerte parecía desdeñarle. Al volver, se le felicitaba siempre, y en una ocasión le prendieron en el pecho la medalla del Mérito Militar.

Sin embargo, las enhorabuenas y los aplausos se hubiera dicho que le contrariaban, y que le pesaba en el alma aquella indemnidad milagrosa.

Un día, en cierto repliegue, después de reñido contraataque, el coronel de su batallón quedó herido, cerca de las trincheras alemanas,

Lo dejaron inadvertidamente en el campo.

Se retorció, con las piernas rotas, sin quejarse.

El hombre taciturno avanzó en medio de un chaparrón de proyectiles, impasible. Cogió al jefe en brazos y lentamente echó a andar hacia su trinchera.

Llegó con su carga adonde quería, pero con tres balas en el cuerpo.

Momentos después, moría apaciblemente.

Antes de enterrarlo, un compañero, por orden del oficial, registró sus bolsillos, a fin de enviar a su familia papeles, recuerdos.

Se le encontró una carta de América, una carta breve, despiadada en su concisión.

Amigo mío —decía la carta—: Tú me pediste siempre franqueza, aun cuando fuese brutal, según tus palabras. Ha llegado el momento de usarla.

Hace tiempo comprendiste, con razón, que yo no te amaba, que me casé contigo obligada por circunstancias dolorosas. Pero ignorabas quizá que amo a otro hombre con toda mi alma, con todas mis fuerzas... Pienso que la distancia es oportuna acaso para amortiguar el golpe que te doy... llorando, porque no soy mala, pero impulsada por un destino todopoderoso. No te pido que me perdones, porque yo en tu caso no perdonaría... pero sí que procures olvidar.

El "héroe" había muerto de esa carta, desde antes que lo mataran las balas alemanas.

El propio día que la recibió, alistóse como voluntario, pidiendo insistentemente que lo enviasen a la línea de fuego. Quería caer sirviendo a la tierra francesa, hospitalaria y bella.

Le costó trabajo lograr su deseo. Morir es a veces muy difícil. La inconsciencia perenne que solemos anhelar en nuestros momentos de cansancio y de tedio, es una formidable concesión del Destino, escatimada avaramente a los que la necesitan y no quieren recurrir a la vulgaridad del suicidio.

El dolor con plena conciencia, constituye quizá una colaboración misteriosa para los designios escondidos del Universo.

El oficial a quien entregaron la carta, después de leerla él solo, la rompió en menudos pedazos,

—Es un papel sin importancia —dijo.

Piadosamente había pensado, en un momento de lucidez cordial, que convenía dejar intangible aquella heroicidad falsa, aquella heroicidad que no había sido más que romántica desesperación, como tantas otras heroicidades, y propuso que, sobre la sencilla cruz a cuyo amparo iba a dormir el extranjero taciturno, se pusiese esta inscripción, que los soldados de la compañía encontraron enigmática:

"Amó y murió heroicamente"

El horóscopo

La quiromántica extendió las cartas.

—Veo aquí —dijo— un hombre rubio, que no le quiere a usted.

—Un hombre rubio... bueno, sí —respondió mi amigo, después de una pausa, durante la cual se puso a pensar en los hombres rubios que conocía. Y acercándose a mi oído:

—Ha de ser Pedro —me cuchicheó—; la verdad es que nunca me ha querido bien...

Añadió la hechicera:

—Un hombre rubio... joven.

Afirmó mi amigo:

—¡Claro! ¡Pedro...!

La hechicera volvió a extender las cartas en abanico, después que mi amigo las hubo partido.

—Aquí hay una mujer que piensa en usted —dijo.

—Una mujer que piensa en mí...

—Sí, una mujer de cierta edad, de estatura mediana.

—Ya, ya caigo: ¡mi hermana María!

—Probablemente: es una señora vestida de negro. (Mi amigo lleva luto.)

—¡Eso es, mi hermana!

Vuelta a cortar las canas y a extenderlas:

—Trae usted un negocio en manos: un negocio que

—¡Sí, sí; continúe usted!

—Se le presentan algunas dificultades... Veo aquí una, sobre todo. Pero las vencerá usted al fin. Hay que tener paciencia.

Mi amigo sonríe satisfecho.

—¡Admirable! —me murmura al oído.

—Hay que tener paciencia —repite la hechicera— y cuidarse del hombre rubio.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

—Tendrá usted, además, que hacer un largo viaje por mar. (La hechicera sabe que mi amigo es americano.) Ya ha hecho usted algún viaje de éstos, penoso por cierto... El que tiene usted que hacer no dejará de serlo; pero llegará usted con bien.

Vuelve a cortar los naipes y a extenderlos.

—Veo aquí a un hombre que se interesa por usted. Está pensando en escribirle...

—¡Espléndido! —exclama mi amigo—; debe ser Antonio.

—Veo, además, una herencia en el porvenir... No puedo decirle de cuánto, ni sé si es precisamente una herencia. Pero, en fin, las cartas hablan de dinero.

Mi amigo sonríe encantado.

—Ya basta de cartas. ¿Cuándo nació usted?

—El doce de agosto de mil ochocientos setenta y tres.

—¡Magnífico! No pudo usted nacer bajo mejores auspicios... Déme usted la mano (examinándola). Tiene usted un carácter generoso... Una inteligencia despierta, lúcida... Ama usted lo bello. Las mujeres le prefieren (aunque a veces por pudor tengan que ocultarlo). Veamos la línea de la vida: es firme, segura, prolongada. Vivirá usted... ¡Ah!, aquí veo un pequeño surco transversal... ¡Accidente! ¡Posibilidad de accidente! Atienda usted a sus piernas, a su corazón y a su cabeza... Por allí puede venirle algún mal... También está usted expuesto a enamorarse... ¡Cuidado! Es usted hombre que haría una locura... Por lo demás, las líneas todas son tranquilizadoras, menos la del accidente... Tenga usted cuidado en los

viajes. Se trata de un accidente que puede ocurrirle en un viaje... Sólo que, a juzgar por lo incierto y débil de la línea, es accidente evitable.

La quiromántica sonrío:

—El horóscopo de usted es fácil y claro —concluye—. Nació usted bajo una favorable conjunción de astros.

Mi amigo se despide embelesado, dejándole dos luses.

—¡Estupefaciente! —exclama al salir.

Yo sonrío... como la quiromántica, y le digo:

—Cierto que, según afirma Carlos Nordmann, no puede caer sobre la tierra de un jardín el pétalo de una rosa sin que se altere el ritmo de la estrella Sirio... Pero no hay duda tampoco de que no urge ir hasta Sirio para hacer horóscopos como los de una mujer...

—¿No son acaso de una sorprendente sencillez?

—¡Ya lo creo!

—Y cuánta verdad o

—¡Ya lo creo! ¡Ya lo creo!

Mi bastón

Ocurrióseme, una de estas últimas noches, interrogar a mi bastón con respecto a su pasado.

Las cosas sin alma están más cerca de la naturaleza que nosotros, los perpetuamente aturridos con la barbullas mundanal, y tienen la ruda sinceridad de los seres primitivos no encadenados a la infame forma social; antifaz hipócrita de todos los propósitos nefandos, de todos los intentos torcidos.

Mi bastón sabe mucho.

Fue rama de una encina milenaria que el rayo jamás pudo abatir.

Refirióle ella muchas veces, en medio del selvático silencio, las épicas lides de aquellos hombres de bronce que esgrimían la pesada hacha de sílex con pasmoso desenfado; de aquellos otros que combatían con espadas cortas, embrazando escudos de cuero de buey, y de los que, forrados en bien templada armadura, no se daban tregua en el bandidaje o el combate por la conquista de minúsculo terruño y de macizo castillo empotrado en el salvaje repliegue de una montaña.

Presenció la maravillosa hazaña de aquel paladín, denominado Machuca porque, rota ya su lanza en la batalla, desgajó una poderosa rama de una encina que crecía frente a aquélla, y con tan tosca arma machucó enemigos a granel.

Pero el recuerdo más vivo que conservaba el recio árbol de que vengo hablando, fue el de cierra druidesa enamorada de un guerrero, batallador corno pocos.

Los amantes, en víspera de que el varón partiese a lidiar con huestes romanas, despidiéronse, con transportes de ternura, bajo su sombra, prometiéndose mutua fe.

La druidesa, con los dorados cabellos al viento, divinamente trágica como Velleda, vagó muchos días por el bosque sagrado, sin reposo ni consuelo, y al saber que su guerrero había perecido en la lucha, sin percatarse ya de los afectos que en el mundo le quedaban, dióse la muerte bajo la propia ramazón de aquella encina, cuyas raíces limitaron su fosa.

¿Que porción de la savia virgen de esa mujer enamorada guardará mi bastón? No lo sabe él ni lo sé yo, mas presumo que porción magna es porque lo siento palpar entre mis manos.

¡Oh!, ¡si yo hubiese visto lo que esta débil rama que me sirve de apoyo visto ha!

A ella la templó el rayo, a mí el infortunio; mas ella aún puede servir de báculo a mis pósteros, y si la hincasen en la tierra húmeda se cubriría de brotes nuevos... ¡Yo, en tanto, ya no floreceré sino a condición de disolverme entre los brazos de la madre Naturaleza!

«*Chez-Nous*»

—Pero, señor, yo no le he permitido a Ud., que me bese....

—¡Ah, señorita! no se alarme Ud., *chez nous*, es la costumbre. Los caballeros besan a las damas en la boca, una vez que están presentados.

—*C'est drôle*, murmura la francesita entre incrédula y pensativa.

Un hispanoamericano fuma en un tranvía, y el conductor le reprende con la verbosa solemnidad francesa.

—Ud. perdone, *chez nous* fuma uno donde quiera. *Chez nous* es el salvoconducto par excelencia, la disculpa de las disculpas, el pilatesco lavado de manos ante todas las incorrecciones.

¿Se infringe un reglamento de policía, se comete una Taita de educación, se pone uno en ridículo, escandaliza uno el buen sentido del parisiense burgués?

—Pues Uds. dispensen, *chez nous* así se acostumbra.

Y el francés, *épaté*, vése forzado a repetir con cierta condescendencia:

—Qu'es ce qu'on va faire... chez lui c'est comme ça...

Chez nous es un país fantástico que todo latinoamericano lleva en el bolsillo para uso inmediato. ¿Que descubre un defecto, una fealdad, una rutina de París? ¿Pues *chez nous* es muy distinto....

Le gusta una mujer, la sigue diciéndole más flores de las que puede contener un mocetón. La francesa se enoja, le echa en cara su proceder, y el Tenorio, con un acento más 6 menos pronunciado, responde ingenuamente:

—*Chez nous c'est comme ça, c'est l'habitude.*

¡Oh! cómodo y delicioso *chez nous*! Llave de oro para abrir todas las puertas, pase para cometer todas las atrocidades.

Los franceses *hacen cola* (*font la queue*) por riguroso orden de llegada para entrar a un tranvía, comprar un boleto. El hispanoamericano se adelanta incuestionablemente, reparte dos o tres codazos, y cátao a la vanguardia de los que esperan.

El pueblo protesta.

—*Maladroit!*

—*C'est un abus.*

—*Mal élevé!*

El americano responde:

—*Chez nous on ne fait pas de queue.*

Los franceses exigen pasaporte, ó papeles de identidad para todo.

El latinoamericano jamás los lleva consigo, y responde solemnemente:

—*Chez nous*, puede uno viajar sin pasaporte. Somos un país libre.

Los franceses encienden sus cigarrillos con pajuelas de azufre.

—*Ches nous* hay cerillas magníficas.

Los franceses fuman un tabaco detestable: *Dans les cigarettes du Gouvernement français*, decía no ha mucho un yankee humorista *—il-y-a tout... même du tabac.*

—*Ches nous* ¡qué espléndido tabaco!

Los tranvías parisienses caminan con lentitud.

—*Ches nous* nueve puntos bien contados.

En París las cantinas tienen terrazas. Para beber hay que sentarse.

—«¡Oh! *Ches nous* se ingurgita uno diez cognacs, de pie, junto al mostrador.

»*Vous comprenez, c'est plus pratique....*»

Pero un día las costas de Francia se desvanecen ante el regionalista viajero, y al llegar éste a América, la nostalgia le recibe en la playa. Entonces.... ¡Oh! Entonces, ante la realidad implacable, ante el dorado recuerdo lejano, el hombre del *chez nous* se acaba y nace otro, otro que no cesa de repetir en medio del atraso y la miseria ambientes:
¡Oh! en París....

En busca de Tolstoi

Cierto día, en París, con un amigo solícito fui a visitar los talleres del maestro Rodin y de sus discípulos.

Se terminaban las listas de jurados, y uno de los escultores célebres de Francia nos enseñó la de Bellas Artes. En ella se leía, entre otros muchos nombres, este: *Conde Tolstoi*.

—Pues qué, ¿aquí está Tolstoi? —pregunté, temblando de emoción.

—Sí, acaba de llegar a París, se me respondió.

—¿Y dónde vive?

—Lo ignoro: pero va todos los días al *Grand Palais* de once a doce de la mañana.

“¡Tolstoi, Tolstoi! —pensaba yo, y no me llegaba la camisa al cuerpo, de puro conmovido—. ¡Conque voy a conocer a Tolstoi! ¿Habrás visto mayor fortuna? ¡Cómo van a envidiarme mis amigos de México! ¡Cuánto darían ellos —si tuviesen dinero— por conocer a Tolstoi!” Y desfilaban por mi imaginación desde *La sonata de Kreutzer* hasta la *Resurrección* con sus formidables escenas de pasión y de crimen.

Aquella noche no dormí.

Cuando se está a punto de ver a Tolstoi, generalmente no se duerme.

De seguro, me decía yo, ese *ebionista* inmortal va a ordenarme:

—Amigo, dé su dinero a los pobres..

Al día siguiente, muy tempranito, ya estaba yo en pie.

Me vestí sencillamente, como conviene a uno que va a ver a Tolstoi. Tomé un parco desayuno —Tolstoi no se desayuna, probablemente— y me dirigí al *Grand Palais*.

—¿Ya llegaron los jurados? —pregunté al primer conserje que hube a la mano.

—Sí, señor.

—¿Y no está con ellos Tolstoi?

—No le conozco.

—Un viejo alto, de lengua barba y pobladas cejas, blancas ambas a dos, y que lleva blusa y botas.

—¿Qué, el señor Tolstoi es boero?

—No, señor; ¡es ruso!

—Pues a pesar de eso, no le conozco,

—¡Qué lástima!

Afortunadamente, por ahí andaba un pintor conocido.

—Diga usted, ¿ha visto a los jurados?

—Sí; acaban de irse.

—¡No, hombre!

—¡Sí, hombre!

—Y... ¿sabe usted si estaba con ellos Tolstoi?

—Sí que estaba; pero volverán mañana.

*

¡Un día más! Dios mío, ¿pues qué, sería yo tan desgraciado que no viese a Tolstoi?

Y a las diez a. m. ya me encontraba otra vez en el *Grand Palais* preguntando por el Conde.

—Está con los jurados en aquel salón (uno de los salones de la planta alta); suba usted.

Cuando subí, los jurados deliraban en un rincón de la sala. Entre ellos había un viejecito más barbudo que un sátiro viejo.

¡Tolstoi!; y sentí la necesidad de un pomito de sales para no desmayarme.

Pero no había por ahí frascos de sales, y transferí el desmayo.

Lo único que me chocaba era el aspecto y la estatura poco imponentes de Tolstoi.

—¡Qué bajito! —murmuraba—. ¡Si parece un viejecito cualquiera!

¡Nada, que Tolstoi no me conmovía! Tan no me conmovía, que resolví abordarlo:

—¡Maestro!...

—Monsieur.

—Permita usted a un escritor mexicano que ha encontrado en sus libros todos los estremecimientos nuevos...

—¿En mis libros?

—Sí, señor. ¿No es usted Tolstoi?

—No, señor.

—Pues ¿quién es usted, entonces?

—Amigo mío, me parece que, sin ser Tolstoi, puedo ser una persona decente.

—No le diré a usted que no. Pero, cuando menos, conoce usted a Tolstoi.

—Lo he leído.

—¿No anda por ahí?

—¿Por dónde?

—Por ahí.

—¿Tolstoi?

—Tolstoi.

—No, señor.

—Es que yo he visto su nombre en una lista de jurados.

—¡Ah, ya comprendo! Se trata del Conde Tolstoi, primo del otro Conde, y escultor por añadidura.

—Muchas gracias.

Y, desolado, salí del *Grand Palais*, resuelto a no identificar jamás celebridades. Por eso, cuando la otra tarde alguien me dijo: “Ahí va Zola”, respondí malhumorado:

—Se ha de tratar de otro Emilio Zola, primo del *vero* Emilio Zola, y, por añadidura..., falsificado.

Estilo telegráfico

Un representante del pueblo austríaco ha propuesto a sus compañeros de tareas parlante utarías, con el fin —dice— de dar una lección a los que aman la prolijidad mi los discursos, que se siga en la enunciación de éstos el estilo telegráfico.

“Señores —dirá un diputado que proponga, pongo por caso, el establecimiento de colonias penitenciarias—: Rateros abundan México; galoneados, portamonedas, relojes, desaparecen; rapada, duchas y Belén, ¡carabina Ambrosio! Necesitamos tente allá para esa gente. Colonias trabajarán y enmendarán se. Dicho.”

Como se ve, la cosa se simplificará extraordinariamente. Ciertamente es que en nuestra Cámara se habla poco, y corta será la ventaja por ese lado; pero ganaremos mucho en los brindis, y ganar es; yo tengo para mí que la dispepsia tiene por origen, más que lo indigesto de los manjares que se come uno en los banquetes, lo indigesto de los brindis.

Con el nuevo procedimiento, una de esas peroraciones será, cuando menos, un telegrama largo.

“Señores —dirá la víctima de *hemorragia oratoria*—: Brindo prosperidad Club fundamos; postulo candidatura anfitrión presidente; institución progresará.” Y como eso de suprimir artículos, pronombres y preposiciones no es tan fácil que digamos, el que brinda acabará por sentir la lengua como estropajo y ahí acabará la cosa, por singular gracia de Dios.

Por lo demás, este siglo está caracterizado por un cansancio prematuro de todo, aun de la divina elocuencia, y ningún estilo puede armonizar mejor con ese cansancio que el estilo telegráfico. ¿No es nuestro descubrimiento el telégrafo? ¿No ha nulificado las distancias? ¿Pues por qué no ha de nulificar la facundia? La elocuencia verdadera, el verbo de luz que deslumbra, y encadena los ánimos, tendrá mucho que deber a ese prodigioso descubrimiento de Morse. No andará ya por ahí hecho un *Ecce Homo*, un rey de burlas de restaurante en restaurante, de café en café y de cantina en cantina.

Y como en el camino de los progresos no hemos de detenernos, ¿por qué no pensar? ¡Oh!, no me desilusionéis, que el estilo telegráfico Llegará a tal privanza que se adoptará en los periódicos y en los álbums. Yo sé de ciertos editoriales políticos que ganarían mucho con la reforma. ¡Vaya si ganarían!

En cuanto a los álbums... ¡qué dicha! Habría que suprimir los versos y pondríamos vulgaridades muy abreviadas:

“Luisita: Que en senda recorras, halles flores, no es-

“Mariquirá: Virtudes te adornan, hácente ¿preciable.”

“Pachita: No tengo elocuencia Cicerón decirte lo que quiero, peto someramente aprecio encantos diote cielo.”

“Lugardita: Adornas hogar presencia. Dios consérvete bella, buena.”

Et sic de coeteris.

Apuesto mis lectores, sin excepción, adhiérense reforma. ¿Verdad?

Abril 22, 1896

Bohemios

Es curioso estudiar las transformaciones diversas que sufre la significación de algunas palabras.

Estas, al pasar los mares, al encajar en idiomas distintos enriqueciéndolos, vienen muchas veces a expresar lo contrario de lo que al principio expresaran.

Testigo la palabra *snob*, inventada por Thackeray, que tan diversamente se traduce en Francia e Inglaterra, y que en México se traduciría de seguro de otra manera que en aquellas dos naciones.

El *snob* mexicano sería, por ejemplo, el que de cualquier manera se instalase en el zaguán del Jockey para que sus conocidos le viesan ahí y le juzgasen que pertenecía al Club, con lo cual, por lo demás, nada ganaría.

Sería también el provinciano que, en llegando a la capital, calzase el guante y las polainas aun en la Opera. Y yo he visto a más de un *snob* de esos, deslumbrado por la extravagancia de modas, que, habiendo regido en París el año pasado, imperan en México el año actual.

Poco menos que lo que pasa con esta palabrita que tiende a generalizarse mucho, porque, por desgracia, bajo su denominación cabe una clase numerosa, acontece lo que con esta otra: *bohémio*, que por expresión se ha aplicado a una clase muy numerosa de soñadores.

A París llegan de las cuatro esquinas del mundo, según expresión de un autor, jóvenes que alientan ideales vagos, que amamantan ensueños indefinidos, y que “oyendo crecer sus cabellos” piensan en futuros poemas y en libros futuros..., que nunca escriben, y viven y mueren pobres.

El bohemio de México es muy distinto del de París, se le parece en lo negligente... y en lo pobre; pero se le diferencia en otras muchas cosas. Algunas veces escribe; otras, ni aun sabe escribir. Trasnocha sin objeto, vive con el día y lo caracteriza la falta absoluta de aspiraciones. En tanto que el hambre no lo agujonea, sonríe, y cuando el hambre lo agujonea *hace filosofía*. El principal componente del carácter bohemio es la negligencia netamente latina, y dicho está con eso que el bohemio mexicano se pinta solo para no hacer nada.

Sus instintos artísticos, carne de su carne, y sangre de su sangre, lo impelen a meditar mucho, dice él, a observar mucho, a analizar mucho, y es un crimen de lesa naturaleza y lesa arte contrariar tales tendencias. El no nació con aptitudes burguesas para el trabajo. ¡La vida! ¿Acaso vale la pena de aputarse por ella? ¡La vida! Ahora sí que le concedía él a la vida el trabajo más pequeño, el más pequeño sacrificio.

El *¿para qué?* sale a sus labios a todas horas.

—Trabaja.

—Pide un empleo.

—Ve al ministro.

—¿Para qué?

Recuerdo haber encontrado una vez a un bohemio así, el cual, a mí pregunta de “¿Qué te haces?“, respondió:

—Me estudio para conocerme mejor.

Hay otras características de este tipo esencialmente moderno: los proyectos descabellados y la pasión con que prohija las nuevas teorías.

Balzac, que tuvo sus ribetes de bohemio, quería poner una lechería en los alrededores de París para hacerse

En México, y ahora que de París nos viene a diario una religión de pacotilla, un sistema filosófico de primera mano o una novela tendenciosa de a un franco veinte céntimos, el bohemio prohija y acoge todo con pasión y aguarda, para escribir un libro único, a que se establezca una teoría definitiva.

Dicho está con esto que no lo escribirá nunca. ¿Hay acaso teorías definitivas?

Cierto que no; ya por sabido se callaba que la Tierra gira en el espacio.

Sin embargo, no ha faltado geógrafo, mexicano se entiende, que sostenga que el planeta está fijo en el espacio.

Así se lo dijo un innovador al señor García Cubas, y como éste le preguntase: -¿Y en qué se sostiene? El innovador respondió: —En el aire.

Diciembre 31, 1895

Hacer un artículo

Para escribir un artículo no se necesita más que un asunto: lo demás. .. es lo de menos. Hay en esto del periodismo mucho de maquinal. Lo más importante es saber bordar el vacío, esto es, llenar las cuartillas de reglamento con cualquier cosa.

El periodista que es hábil en su *métier*, de nada, como Dios, hace un mundo de artículos economizando con maestría laudable su substancia gris para las grandes ocasiones, no de otra suerte que el tenor que sabe la Biblia economiza el caudal de su voz, reservándolo para el *do de pecho* que el público aguarda con impaciencia.

Decía Santa Teresa:

“Prometedme un cuarto de hora diario de oración mental, y en nombre de Jesucristo os prometo el cielo.”

Y —perdóneme la Santa esta parodia— yo digo:

Prometedme un asunto diario, y en nombre de mi conocimiento del “oficio” os prometo un artículo diario: advirtiéndole que no se necesita un gran asunto. Démelo ustedes mediano, grande o pequeño, que el artículo saldrá, aunque su importancia, es claro, estará en proporción del tópico.

Si ustedes se achican, me achico, y si se acrecen, me acrezco.

Desplúmese, por curiosidad, una ave del paraíso, y véase lo que queda. Así exactamente, son muchos artículos de esos que agradan al público, de esos opulentos por su fraseología, de esos que divierten y aun encantan: aves del paraíso multicolores. Arranquen ustedes las plumas y hallarán... nada entre dos platos.

Esto, por lo que ve a los artículos: en cuanto a los reportazgos, la cosa es peor aún.

Supongamos que un reportero hábil, hábil ante todo, gana uno cincuenta por columna y se lanza por esas calles de Dios, resuelto a encontrar hasta debajo de la tierra tres columnas para el periódico. Como los sucesos explotables escasean, el hurón del noticierismo anda y anda sin gran provecho. En las comisarías, nada; en el Palacio de Justicia, nada; en el Ayuntamiento, nada. Total y fuerza, tras una mañana de huronear, dos noticias: un homicidio por celos y un rapto, acontecidos entre gente deí pueblo. Aquí la cuestión es más difícil; no se trata de buscar asunto, que ya lo hay, sino de vestirlo de tal manera que ocupe lugar amplísimo.

Al articulista le basta con una columna, con menos acaso. El reportero necesita tres; es decir, necesita cuatro pesos cincuenta centavos. Manos a la obra.

Empieza por el rapto:

“La raptada, Fulana de Tal, nació en un pintoresco pueblecillo del Distrito, famoso por sus flores y por su benigno clima; sus padres eran pobres, pero honrados, y ella constituía la dicha del hogar. Se levantaba cantando y se acostaba. .. cantando también: era muy cantadora. Su casita, blanca y aislada de las otras, levantábase en medio de un campo baldío (por ese campo entra el drama, en forma de Juan Rodríguez o de Pedro García). La familia era dichosa; el padre guiaba la yunta, la madre hacía la comida y la hija iba por agua a la fuente. Ahí, como los hijos de los patriarcas, el tal Juani Rodríguez y la raptada en ciernes se entendieron de maravilla, y el papá de la niña, que no era buey, aunque araba, descubrió el pastel y mandó a México a la enamorada, bajo la vigilancia de la mamá. Aquí la mamá se descuidó, y una noche (el reportero la describe con todos los colores imaginables) Juan Rodríguez o Pedro García, que para el caso es lo mismo, echaron a volar.”

Sigue el reportero describiendo la desesperación de la madre, su queja a la autoridad, las diligencias de ésta, el hallazgo de los “tórtolos” y, por último, la pena que se les aplicará.

En seguida hace el cómputo de las cuartillas: dos columnas; magnífico. ¡Si tendrá él buen cálculo!

Después la emprende con el homicidio por celos; otras dos columnas: cuatro pesos cincuenta, y dos o tres asuntos en perspectiva. El reportero enciende un cigarro y va a dar una vueltecita por Plateros.

He aquí el procedimiento de eso que se llama escribir en los periódicos. El público gusta de él, porque al público le disgustan los esqueletos y le seducen las aves del paraíso. ¡Pero que no las desplume!...

Febrero 25, 1896